

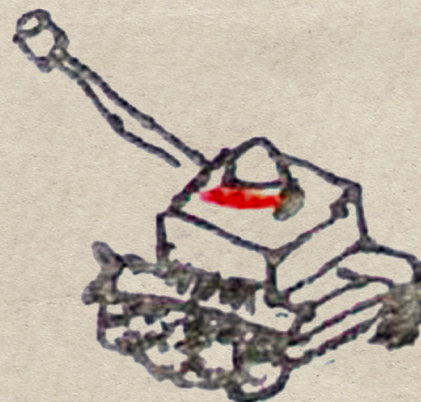
A 50 años del golpe civil y militar

Relatos sobre la dictadura

VARIOS AUTORES



uah / Facultad de Educación
Universidad Alberto Hurtado



A 50 años del golpe civil militar

Relatos sobre la dictadura

VARIOS AUTORES

uah / Universidad
Alberto Hurtado

Título: A 50 años del golpe civil militar. Relatos sobre la dictadura.

Compiladores: ALEJANDRA FALABELLA, ROBERTO PIZARRO LARREA, ANDREA RUFFINELLI.

Diseño: ANGEL SPOTORNO.

© FACULTAD DE EDUCACIÓN, UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO.

uahurtado.cl

2023, SANTIAGO DE CHILE

A 50 años del golpe civil militar

Relatos sobre la dictadura

VARIOS AUTORES

Índice

Prólogo por ELIZABETH LIRA	8
---	---

Introducción.

Sin-cuenta relatos para cincuenta años: memorias de horror, censura y solidaridad, por ALEJANDRA FALABELLA, ANDREA RUFFINELLI y ROBERTO PIZARRO LARREA	10
--	----

Relatos I: Día del golpe, 11 de septiembre 1973..... 12

Lo inolvidable, por LAURA INZUNZA VALLEJOS.....	13
Día del golpe militar, por ISABEL LARRAÍN.....	14
Es 11 de septiembre de 1973, por GLORIA BENSAN.....	15
Un día para recordar y nunca volver a repetir, por MARIGEN.....	17
De golpe cambia la vida, por AMELUZ ANALLIMLAP.....	18
Mamá, ¿qué hiciste el día del golpe militar?, por BLANCA BARCO	20
El 11 durante la once, por JORGE LUIS GAETE	21

Relatos II: Censura, normalización y el miedo en la vida cotidiana 22

Recuerdos de un día sin olvido, por BERBELI ASTORGA LEIVA	23
Club juvenil PAC, por GUIDO ALVARADO FEHRMANN	24
Las vueltas de la vida..., por YOLANDA SAAVEDRA.....	26
El pueblo unido, por GLADYS PIÑA.....	27
El bolso de mezclilla, por MA. ANGÉLICA URBINA HERLITZ	28
Literatura subterránea, por JUANITA PALACIOS BAZA	30
¿Cuándo la IA quemará los libros?, por RODRIGO PALACIOS BAZA	31
Dentro de la casa y Fuera de la casa, por CARMEN JIMENA	33
La familia que no sabía, por VALENTINA FAÚNDEZ MORÁN	34

Relatos III: La mirada desde las niñas, niños y adolescentes	35
El golpe de Estado pegado en mi adolescencia, por BELIA JAZMÍN TORO CAMPOS	36
Soplo, por JUAN PABLO CONTRERAS GODOY	38
Salvador y Tévito, por MAGDALENA SANHUEZA TOHÁ	40
José Domingo Cañas, por MA. SOLEDAD FALABELLA	42
Olor a sopaipillas, por EUGENIA SCHNAKE VALLADARES	44
Burbuja, por ANDREA RUFFINELLI	46
La plaza más bella del barrio, por MAURICIO URETA LETELIER	48
Mi media tía abuela, por CARMEN JIMENA	49
Desorientación, por ALEJANDRA ANDREA	50
Mi diminuto recuerdo de una gran lucha, por CLAUDIO PALMA	51
Gran Avenida, por RAFAEL MIRANDA	53
¿Cuándo volverán?, por YOVANNA GALAZ NOWAJEWSKI	55
Relatos IV: Experiencias en el jardín infantil y en la escuela	56
Educadora, compromiso y ejemplo, por ALSTROEMERIA	57
Figueroa y Ferreira, por JAVIER CORVALÁN R.	58
Almuerzo escolar, por LAURA INZUNZA VALLEJOS	60
Frágil como un volantín, por LEONARDO PIÑA CABRERA	61
El profesor Muñoz, por MA. TERESA ROJAS FABRIS	62
Vestigios del pasado: lugares de memoria histórica, por CRISTIAN RAMOS MUÑOZ	63
Ciento treinta y seis, por GERARDO UBILLA SÁNCHEZ	64
Relatos V: Testigos, tensión y sufrimiento de la crueldad	66
No supimos leer las cartas..., por VALERIA AMBROSIO	67
Un viaje en el tren del tiempo, por ANA MARÍA NAVIA	69
La espera, por ISABEL SAPIAIN BURGOS	70
En la fiesta de San Juan, por GUIDO ROLANDO ALVARADO FEHRMANN	71
Sin palabras, por JUAN ANTONIO ALARCÓN	72
Santiago de Chile, 1975, por VIVIANA PACHECO AZÓCAR	73

La partida y desarraigo, por LAURA QUIROZ LEDESMA	75
Invierno en llamas, por COLIBRÍ.....	77
Una profesora ejemplar, por PABLO ASTUDILLO LIZAMA.....	79
Vestigio del horror, lugares de memoria, por CRISTIAN RAMOS MUÑOZ.....	80

Relatos VI: Víctimas, familiares y amigos de víctimas

de violaciones de derechos humanos 82

Mi recuerdo, por SERGIO ROJAS.....	83
“Ni perdón...” , por TOHECO	84
Tres días después, por PATRICIA SOTO T.....	86
Enemigo de todos, por ROBERTO CAREAGA.....	88
“Sin título”, por PATRICIA LÓPEZ STEWART	89
Mi testimonio y Duros recuerdos, por FRANCISCA MEDEL SCHÜTZ.....	91
Las vivencias del Felo, por RAFAEL TORREBLANCA URIBE.....	94
No cierren esa tumba, por MA. LUISA SÁEZ GARCÍA.....	96
Alianza de los resentimientos: cómo cada golpe tiene la suya, por JUAN ALIPTES	97
No me olvides, por MARCO	99
Décimas para Alicia, por AMELUZ ANALLIMLAP	101
El Silencio, por DIEGO SOLER	103

Relatos VII: Épica, resistencia y sobrevivencia104

Allanado y apañado, por GONZALO FALABELLA.....	105
Historia de Soporopos, por MARCELA ANDRADES ALFARO	107
Manuel Rodríguez, por LEONARDO PIÑA CABRERA	109
Matar al chanco, por GONZALO SOTO	111
Primos, por CAMILA TORRES	113

PRÓLOGO

¿CÓMO INICIAR ESTA CONVERSACIÓN SOBRE LAS MEMORIAS DE TODAS Y TODOS LOS QUE CONTRIBUYERON CON SUS RECUERDOS Y REFLEXIONES A ESTE TEXTO?

Quizás diciendo que cada texto comparte un fragmento de vivencias y memorias que son semejantes a las de miles de chilenas y chilenos y extranjeros que se vieron envueltos en una vorágine de miedos y silencios ante el riesgo de muerte que inauguró el golpe militar. Muchos de estos relatos resuenan en mí como experiencias compartidas, que a la vez son inéditas y propias de cada quien las escribe.

Estos pedazos de la memoria de Chile nos cuentan que el golpe militar fue un cataclismo para miles de familias y de personas. De niños y adultos. Dos palabras —silencio y miedo— se repiten. Se refieren a experiencias que marcaron la memoria de las y los autores y autoras. *Silencio* como recurso de autoprotección, tantas veces ilusorio. No poner en palabras, no hablar de lo vivido, nos deja solos y

aislados en nuestro temor y en nuestro sufrimiento. *Miedo* como una reacción defensiva que se hace crónica y casi inútil, pero que es la huella de la amenaza de muerte: “*Ese día nació en él un sentimiento de miedo que lo acompañó hasta su muerte*”; “*El miedo me invadía*”; “*Produjo un miedo horrible*”; “*Fue terrorífico*”. Este registro nos conecta con la muerte arbitraria, con la violencia abusiva, con el sufrimiento causado por la violencia al margen de la ley, desconociendo los derechos y la dignidad de las personas.

El miedo fue una experiencia de los perseguidos y de toda la sociedad. Tal vez, solo muchos años después fue posible comprender que no todos eran perseguidos. Pero casi todos se sentían perseguidos ante la amenaza arbitraria de morir. Una de las historias subraya “*Lo peor vino después. Escuchamos la radio y decían que no saliéramos a la calle. Fue terrible. Me las lloré todas. Jamás pensé en todo lo que vendría, tanto sufrimiento, tanta muerte*”. Una compasión inevitable con los que sufren y que afectaba más allá de las identificaciones ideológicas

o políticas con las víctimas. Chile era una sociedad en la que la reciprocidad, la noción de ser prójimos generaba una solidaridad espontánea con todos los que estaban en riesgo o en necesidad. La muerte y la violencia abusiva e injusta producía tristeza, desolación y angustia, pero invitaba a proteger, ayudar, cuidar. La ayuda exponía a quienes solidarizaban a convertirse en víctimas, sin embargo, muchos corrieron el riesgo.

Entre los relatos destaca la acción desesperada para esconder lo máspreciado, los libros: *“Estoy segura de no haber tenido esa sensación antes, nunca había visto a mi padre así. Con su pala, rápidamente cavó entre las plantas, los arbustos, la maleza y unas pocas flores. Enterró su literatura como si fuera un gran tesoro para la prosperidad”*. Y los libros se desentierran años después, deteriorados, pero vivos..., sobreviviendo al exterminio de los objetos y las personas.

Los textos dan cuenta de la negación, de las conductas que hacían como sí la dictadura no dejara huellas y de la imposibilidad de poner en palabras lo vivido, impidiendo reconocer su impacto y su daño. El miedo se refuerza al recordar el terror del secuestro en la mitad de la noche, por agentes que amenazan a los niños, que los dejan desamparados al llevarse detenidos a sus padres, arrasados y maltratados ante sus hijos. Las memorias de

las atrocidades dejan tantos espacios vacíos, preguntas sin responder, recuerdos borrados que no se quieren recuperar porque duelen.

“Nunca supimos qué ocurrió, el silencio se instaló y ya no se fue de la casa. Quizás para protegernos, quizás porque nuestros padres no pudieron hacer otra cosa”.

Esta colección de textos es una invitación a poner en palabras la experiencia de muchas personas. Algunos son un grito desgarrador que nos habla de la injusticia y de la imposibilidad de cerrar un tiempo oscuro cuyas huellas son indelebles porque hirieron a las personas en sus afectos, sus proyectos y sus sueños, y nos hacen pensar.

El texto termina con un deseo y con un sueño, que tal vez muchos compartimos: *“De momento solo prefiero pensar que sus voces nunca se van a apagar. Y que todas sus historias siempre, siempre vivirán”*.

ELIZABETH LIRA

Premio Nacional de Ciencias Sociales
Académica de la Universidad Alberto Hurtado



Introducción

Sin-cuenta relatos para cincuenta años: memorias de horror, censura y solidaridad

ALEJANDRA FALABELLA, ANDREA RUFFINELLI Y ROBERTO PIZARRO LARREA

A inicios de este año empezamos a imaginar este libro, desde un espacio cálido y protegido, amoroso y reivindicativo de la memoria. Hace unos meses hicimos la invitación. La respuesta superó con creces nuestras expectativas, comenzaron a llegar relatos ese mismo día, y no cesaron de llegar. Tantas historias como personas, en una riqueza infinita de diversidad de perspectivas, registros y lugares. Hoy estas páginas dan cuenta de la generosidad que han tenido las autoras y autores para compartir la intimidad profunda que recupera el tejido de una memoria colectiva y la torna indeleble, en la voz de niñas y niños, estudiantes, trabajadoras, hijas e hijos, hogares y de un pueblo que elige no olvidar para construir decididamente una esperanza nueva que se erige desde un infinito desgarró y dolor.

Cada relato que aquí se presenta es un tesoro. Hemos llorado, nos hemos emocionado, y también algunos nos han hecho reír, recordándonos que aun en lo más oscuro, siempre hay espacio para encontrar un hilo reparador. Son historias de horror, de crueldad y censura, pero a la vez, son historias que se entrecruzan con relatos de generosidad, compromiso y valentía.

Son historias de la vida cotidiana de la dictadura. Desde las acciones más pequeñas hasta las mayores atrocidades. El terror de caminar en la calle bajo toque de queda, el terror de que los militares encontraran un libro en tu mochila, el terror de tu hijo cante una canción “subversiva” en público, y el terror que se hace realidad en la detención, la prisión, la tortura, la ejecución o desaparición. El terror en todas sus

formas, presente en el día a día y en la imaginación, como una realidad inminente.

Ese terror que aprendieron los niños, desde la más pequeña edad, como un hito marcador en sus vidas. Aprendieron que no solo ellos eran los frágiles, también los adultos, sus familias, quienes los debían cuidar y proteger. No había protección segura en sus vidas de infantes.

Son historias transgeneracionales, que marcaron a familias completas y generaciones venideras. Escriben autores que nacieron desde el año 1943 hasta 1995, ya en democracia. En varios relatos, de hecho, son los hijos o nietos los que narran las historias de los adultos de ese entonces. Y también, varios escriben desde su propia niñez o juventud.

Son historias colectivas. La historia de la violencia y la crueldad la vivieron personas, la vivieron sus familias, sus amigos, sus vecinos, los testigos, la vivió el país entero. El terror, el sufrimiento, la tristeza y también la solidaridad. Son historias silenciadas. En algunos casos no se hablaba sobre lo ocurrido porque se naturalizó, en otros casos para proteger a los más pequeños, y en otros casos, simplemente porque es tanto el dolor y el trauma, que no se le puede poner palabras a lo vivido. El dolor silencia.

Muchas historias pasaron inadvertidas ante el terror mayúsculo de los organismos institucionales de represión, tuvieron que alojarse en esquelas escondidas en un cajón, quemadas o enterradas bajo tierra, resistiendo el desgaste

del silencio en el tiempo durante sin-cuenta años. Son relatos que se alojaron en el cuerpo y en la memoria, se grabaron a sangre y fuego. Hoy, fue necesario darles valor y situarlos donde merecen.

Son sin-cuenta relatos para conmemorar estos 50 años. Sin-cuenta relatos en un intento de sanar la crueldad y el horror. Son estos relatos, y muchos más que se continuarán relatando, que ya no se podrán acallar. Con estas historias reivindicamos nuestra batalla por la memoria. Estos relatos son un acto político/artístico, de compartir, recordar, construir memoria colectiva. Escribir, leer en voz baja, leer en voz alta, leer y “echar a correr la voz”. Es un ejercicio colectivo necesario, y en épocas de negacionismo, ello cobra aún más sentido.

El libro está organizado en siete secciones que fueron emergiendo a partir de las lecturas. Estas abordan: i) el día del golpe; ii) la censura y el miedo en la vida cotidiana; iii) la mirada desde los niños, niñas y adolescentes; iv) experiencias en el jardín infantil y en la escuela; v) testigos y crueldad; vi) víctimas, familiares y amigos de víctimas de violaciones de derechos humanos; y vii) épica, resistencia y sobrevivencia. Los relatos están ordenados por generación según edad.

Uds. son las autoras y los autores de esta historia.

Sus historias también son nuestra historia. Es la historia de nuestro país.



RELATOS I

DÍA DEL GOLPE, 11 DE SEPTIEMBRE 1973

Lo inolvidable

LAURA INZUNZA VALLEJOS

Nacida en 1945

Vivía en un departamento de dos pisos ubicado en el centro de Talcahuano. Éramos un grupo familiar de seis personas: dos hijas, dos de mis hermanas, mi marido y yo. Marta, la nana, también vivía con nosotros.

La mañana del día martes 11 de septiembre, al igual que todas las mañanas, encendimos la radio y a las 7:55 horas Salvador Allende habló para informar que un sector de la Marina había ocupado Valparaíso.

Preocupados continuamos nuestros habituales preparativos para acudir, mi marido y yo al trabajo, mi hija mayor de cinco años y mis dos hermanas al colegio. Mi hija menor, de un año ocho meses, y la nana permanecerían en casa.

Después de observar la calle, desde el segundo piso y no ver nada preocupante, decidimos que mis hermanas asistieran a clases. Las despedí preocupada.

A los pocos minutos, al mirar por la ventana de la cocina, me percaté que había afuera un infante de marina, armado, con actitud agresiva. Decido salir a llamar a mis hermanas. No fue necesario, otro infante las había obligado a regresar.

La marina había ocupado Talcahuano.

No fuimos a trabajar. Pegados a la radio compartimos en familia y con algunos vecinos, nuestros miedos, nuestras rabias.

Cerca del mediodía mi marido decidió ir a Concepción. No pude hacerlo desistir. Decía tener rabia, curiosidad, pero nada de miedo.

Regresó después de unas tres horas. Recuerdo que me impresionó la palidez de su rostro, el dolor y temor de su mirada. No le resultó fácil contarme, a media voz, que había sido testigo de la acción de militares y civiles en el centro de esa ciudad.

Ese día nació en él un sentimiento de miedo que lo acompañó hasta su muerte.

Otro imborrable y angustiante recuerdo fue ver, al atardecer, salir camiones militares con solo algunos infantes de la Base Naval y regresar al recinto repletos de hombres y mujeres.

Creo que a partir de ese día, cambió mi país.

Las marcas que ha dejado han traspasado generaciones y perduran hasta hoy.

En Chile, hasta 1973, el 11 de septiembre se celebraba el Día del Maestro y ese 11 de septiembre, las hermosas camelias rojas que mi hija mayor regalaría a su maestra se marchitaron y murieron olvidadas en el lavadero.

Día del golpe militar

ISABEL LARRAÍN

Día del golpe militar. Como muchas personas comenzamos a escuchar la radio muy temprano en la mañana. Yo no podía creerlo, ¿cómo pasaría?

Gabriel se fue, recuerdo, al Ministerio donde trabajaba. Yo estaba embarazada de mi segundo hijo y tenía una hija de 1 año y 7 meses. Nuestra casa estaba en Colón 8000. Desde ahí pude ver y sentir cuando bombardearon la casa del presidente Allende en Tomas Moro. Tomamos a nuestros hijos y nos fuimos a casa de mi suegra porque quedaba más central. Nadie entendía nada... fueron momentos muy difíciles.

Escondimos en casa a un compañero y, al parecer, vecinos dieron la información de que a esa casa entraba y salía mucha gente. Allanaron la casa de mi suegra el día siguiente que habíamos llegado, muchos milicos con bototos y armados entraron en nuestra casa, revolvieron todo y recuerdo que vi a uno que estaba en el dormitorio abriendo los cajones de la cómoda. Mi hija dormía... yo, muy asustada le dije, ¿qué hace usted trajinando? Mirando mi estado de embarazo, me respondió: “no se le ocurra tener a su guagua en estos días, anoche una señora resultó muerta por ir al hospital”.

El miedo me invadía. Desde Antonio Varas pude ver hacia los cielos del centro de Santiago cuando bombardearon La Moneda. Se vio el cielo negro por el humo y sentimos el ruido de los aviones.

Los milicos se llevaron un maletín con dinero que yo había juntado para comprar la línea telefónica para nuestra casa (en ese tiempo la línea telefónica debía comprarse). En medio de esta trifulca recordé que mi suegra tenía una metralleta escondida entre la ropa sucia. Yo estaba aterrada de que la descubrieran y... recuerdo que pasaba por su lado y con los dientes apretados le preguntaba: ¿dónde está la metralleta? Y ella me decía, “tranquila Isabel” y yo insistía... por favor dígame dónde está la metralleta... Ella no me respondía, pero me hacía gestos con las manos para que me quedara tranquila. Yo, muy asustada de que pudieran encontrarla... pero no pasó. Mi suegra la había enterrado lejos de casa, antes de que entraran. Fiuuuu!, qué alivio. Debo decir que era una metralleta antigua, probablemente no hacía nada, pero para mí, era una metralleta y no sabía su condición.

Lo otro divertido, mirado desde hoy, fue que mi suegra guardaba muchos papeles en muebles y cada vez que un milico se subía a una silla para buscar quién sabe qué, mi suegra le decía: “Con sus patas cochinas no puede subirse”. Abrían los cajones y salían papeles y cachureos. Todo pasó y la vida continuó, luego el exilio. Otro capítulo.

Es 11 de septiembre de 1973

GLORIA BENSAN
Nacida en 1946

Este martes amaneció despejado. Frente a La Moneda, en la acera sur de Alameda, está estacionado “el chanco”. Son las 8.00 hrs. Por itinerario, esta micro celeste (tipo autobús escolar estadounidense) sale a las 8.30 hrs. con destino a nuestra oficina en Vitacura. Algunos esperan abajo, otros ya sentados, conversamos. En su radio se escucha música y noticias.

De pronto, alguien señala las tanquetas grises que, desde el norte, vienen por Teatinos para estacionarse frente al palacio de gobierno. ¿Por qué están ahí? ¿Un levantamiento como el de junio pasado? No nos parece.

La radio anuncia el Bando N°1 de la Junta Militar. Enmudecidos, escuchamos. Nos invaden confusos sentimientos.

“Teniendo presente que llevarán al pueblo de Chile a una inevitable guerra civil, las Fuerzas Armadas y Carabineros deciden... El presidente de la República debe proceder a la inmediata entrega de su cargo a las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile... La prensa, radiodifusoras y canales de televisión adictos a la Unidad Popular deben suspender sus actividades informativas a partir de este instante. De lo contrario, recibirán castigo aéreo y terrestre... El pueblo de



Santiago debe permanecer en sus casas a fin de evitar víctimas inocentes”.

La calle luce habitual. En el bus, sólo interrogantes: ¿los niños seguirán en su colegio?, ¿y Allende?, ¿debemos regresar a casa? El chofer piensa que debe volver cuanto antes a entregar “la máquina”. Acepta llevarnos a nuestro destino oficial. Nos sentimos protegidos hasta encontrarnos con las rejas encadenadas y el acceso, prohibido.

¡Qué injusticia! ¡Más rabia, más frustración! A través de la reja, gestionamos nuestro ingreso por tiempo limitado. Es media mañana. No sabemos qué ocurre afuera.

Vendrán a buscarme y ofrezco traslado. La radio del auto informa de cordones industriales descolgándose, de milita-

res haciendo cumplir el Bando N°1... Difícil dirigirse al poniente. Partimos a casa de mi hermana. Ruido de aviones en formación... Vemos y escuchamos caer un misil en el Hospital. ¿La FACH bombardea a la FACH? ¿Guerra civil?... ¡Del terror!

¡Todos a los autos!... Iremos donde mi suegra... ¿Qué ruta?... Manquehue sur. Dan ganas de gritar, insultar,

llorar... profundos sollozos... el bandejón central está lleno de militares en el suelo apuntando hacia cada lado... ¿Por qué? Porque por acá está Chile Films. Toque de queda a las 15:00 hrs. ¿Qué número de Bando?... Llegamos a La Reina... Nos cuentan que Hawker Hunters también bombardearon antenas transmisoras, la casa de Allende y La Moneda...



Un día para recordar y nunca volver a repetir

MARIGEN
Nacida en 1951

En septiembre de 1973, con 22 años, estaba comenzando a trabajar como secretaria en la Corporación de Obras Urbanas del Ministerio de Vivienda y Urbanismo. Sus oficinas se ubicaban en Bombero Salas, a un costado del Hotel Carrera.

En la mañana del 11 de septiembre fui a mi trabajo, a pie, como todos los días, desde el barrio Brasil, donde vivía. Al llegar había muchos rumores de que algo pasaba en La Moneda. Más tarde se supo que militares estaban llegando al centro en tanquetas.

Alrededor de las 9.30 de la mañana, nos dicen que tenemos que abandonar el edificio por una salida que daba a calle Agustinas, evitando salir hacia la Plaza de la Constitución. Al llegar a calle Agustinas, encontramos militares que nos dicen que avancemos pegados a las murallas hacia calle San Martín. Ver a los soldados con armas y gritando órdenes, me produjo un miedo horrible. Al llegar a la Norte Sur nos pudimos dispersar, y yo corrí a mi casa.

Las radios ya informaban que los militares derrocarían a Salvador Allende. A pesar del susto, tuve que ir a la panadería para comprar algo de pan. Regresé a mi casa alrededor de las 11 de la mañana, cuando empezaban a pasar los aviones de guerra.

Fue terrorífico.

Volaban a baja altura y luego empezó el bombardeo a La Moneda. En ese momento no sabíamos que era allí. Me metí debajo de la cama, sentía mucho susto. Era un ruido ensordecedor, y cuando explotaron las bombas todo se movía como si temblara.

Pasamos muchos días, una semana o más, encerrados en la casa, con toque de queda, saliendo solo algunas horas al día para ir al almacén a comprar lo más urgente. Luego, muchos días en que se escucharon balaceras, día y noche, y los vecinos contaban que se encontraban a diario muertos en la calle, y habían apagones. Fueron días, y luego años, de mucho miedo e incertidumbre.

Después vinieron los hechos por todos conocidos, presos, torturados, asesinados y desaparecidos. Fueron años oscuros, de mucho individualismo y rabia contenida, pero también de solidaridad, que se fue expresando con el transcurrir de los años. Con el paso del tiempo he logrado entender mejor todo lo que pasó, y comprender que Salvador Allende no fue un personaje nefasto, como la dictadura trató de imponernos.

De golpe cambia la vida

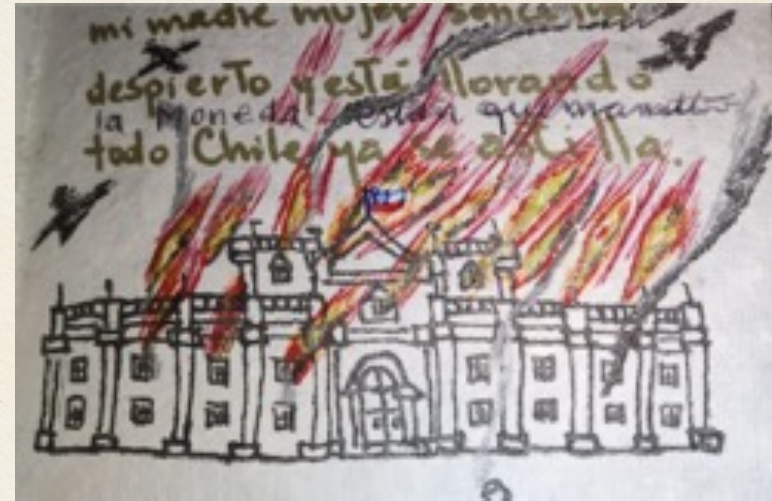
AMELUZ ANALLIMLAP

58 años
Conchalí

Ya todo Chile se astilla
enfrentamos gran peligro
diecisiete años un siglo
memoria serás semilla.

Algo malo está pasando
martes once de septiembre
de golpe parte un desmiembre
hay aviones bombardeando
despierto y está llorando
mi madre mujer sencilla
pasa y pasa virutilla
miro y ella llora pues
limpia el suelo cual ciempiés
ya todo Chile se astilla.

Teniendo ocho años apenas
yo noté la desazón
toque de queda, explosión
silencio y miedo prosperan
no son eventos cualquiera
noto todo muy distinto
nada es igual, nada es lindo



llega a casa un familiar
nos dan orden de no hablar
enfrentamos gran peligro.

El tío se llama Manuel
es del puerto 'e San Antonio
lo persiguen cual demonio
aunque es dulce cual la miel
morena y curtida piel
fue forjado por sí mismo
pasamos piedras y riscos
nos marcó la dictadura
fueron tiempos de amargura
diecisiete años, un siglo

La familia de Manuel
se asila en una embajada
Francia acepta su llegada
fue Maroto el cura aquél
que encarnó así su fe
no reposó en una silla
tanta gente noble brilla
nos dejan un gran legado
jamás negarás tu mano
memoria serás semilla.

Los que saben van muriendo
cogollito de agapanto
nunca más dolor y espanto
la verdad se va extinguiendo
ya nos vamos despidiendo
van cincuenta años del golpe
falta aún que digan **DÓNDE?**
se requiere honestidad
con justicia y con verdad
un nuevo Chile se forme!!

Mamá, ¿qué hiciste el día del golpe militar?

BLANCA BARCO, hija de XIMENA LILLO
Nacida en 1982

Lo cotidiano y su inesperada interrupción el 11 de septiembre de 1973, se encuentra guardado en la memoria de aquellos a quienes he preguntado: dónde se encontraban, qué hacían esa mañana, cuándo se percataron de los sucesos que se avecinaban. Luego, el lugar preciso donde vieron los aviones dirigiéndose a La Moneda. Sin embargo, madre, encontrar detalles de dónde estabas o lo que hacías ese día se ha vuelto una tarea complicada al no poder obtener respuestas directas de ti. La cotidianidad de los recuerdos se desvanecen y quedan solo algunas pistas entre las memorias de la familia cercana y de tus amigos. En este relato, intento hilar aquellos fragmentos de una vida que ya no existe con preguntas aún por descifrar.

Ximena tenía 18 años cuando ocurrió el golpe militar y estudiaba flauta travesera en el Conservatorio de Música de la Universidad de Chile. Su familia estaba compuesta por su madre, peluquera en un elegante salón en Plaza Italia; su padre, un camionero atrapado durante varias semanas sin poder cruzar el paso de Los Libertadores; su hermano mayor, estudiante en los últimos años de la carrera de Me-

dicina en la Universidad de Chile; y su hermano menor, estudiante de la escuela N°18 de hombres en Independencia. Vivían en Conchalí, pero habían autogestionado la construcción de una casa en los faldeos del cerro, en la comuna de Las Condes.

Meses antes del golpe, Ximena había comenzado a alojarse en el nuevo hogar de la familia debido a la posibilidad de ocupación o robos. La casa nueva estaba tan distante de su antigua vivienda que la familia solía hacer bromas sobre tener que llegar hasta allí a caballo. Incluso, el padre decidió añadir unas argollas en los muros de contención, como una especie de chiste para atar los caballos de las posibles visitas en el futuro.

Fue allí, al principio de la cordillera, en lo que ahora son las calles Colón con Paul Harris, donde se encontraba Ximena el 11 de septiembre de 1973. No sé cómo llegaste ahí ese día. En la inacabada casa, sin luz ni agua, tan lejana a la descripción del vals que describe la “casita en Las Condes”. Pude saber que estuviste ahí con una amiga, a la cual le detuvieron a sus padres durante la intervención de los militares en Conchalí. Ambas amigas adolescentes se refugiaron para pasar esa noche y las semanas siguientes. Posterior a ello, solo alcanzaste a contar parte del terror. La gente arrancando hacia los cerros, en dirección a la cordillera, mientras eran ametrallados desde helicópteros.

El 11 durante la once

JORGE LUIS GAETE
Nacido en 1985

Alguna vez, en una de las tantas conversaciones a la hora del té en la casa de Pudahuel, le pregunté a mi abuela... ¿Mami, recuerda el 11 de septiembre del 73?

Lo recuerdo perfecto, mijito — me dijo - Era martes. Tenía que hacer las cosas de la casa. Tu mamá y tu tía Consuelo estaban en el colegio, y tus tías Silvia y Cecilia habían ido a comprar leche a Noviciado, cerca de la 68. Tu tío Pepe era chico, y lo veía mientras limpiaba y hacía la comida.

De pronto una vecina golpeó la puerta. Vi que se puso a llorar. ¿Qué pasó?, le pregunté. Y respondió... Lidia, murió Allende. Sentí un frío enorme por la espalda.

Mi mamá había votado por Frei Montalva, ya que en esa época le salió su casa en Conchalí, y me decía que eligiera a Tomic. Pero siempre me gustó el Chicho. Voté por él en el 70. Era cercano al pueblo. No lo dejaron gobernar en paz, escondiendo la mercadería y todo eso. Pero jamás pensé lo que iba a pasar, Dios mío.

Al rato se sintieron los aviones. Pensé en todas mis chiquillas. Menos mal que un apoderado trajo a tu mamá, a la Consuelito, y a varias niñas del colegio a sus casas, en su camioneta. Tus otras tías se asustaron, aunque por suerte llegaron con la leche temprano. Tu tata andaba trabajando, pero conociéndolo, iba a tener cuidado para venirse a la casa. Llegó justo a almorzar.

Lo peor vino después. Escuchamos la radio y decían que no saliéramos a la calle. Fue terrible. Me las lloré todas. Jamás pensé en todo lo que vendría, tanto sufrimiento, tanta muerte... como los cuerpos del Mapocho que me contaba mi comadre Marta, que vivía por Cerro Navia. Incluso conocí en la capilla a Gala Torres¹, que después bailó en el Estadio Nacional. Los milicos eran desgraciados, unos pelados que tomaban preso por nada, o te podían balear, como le pasó a un caballero por General Bonilla. Así anduvimos por tantos años, hasta que ganó el No y llegó Aylwin. Pero el 11, jamás lo voy a olvidar.

Y al igual que las muertes, los partos y los terremotos, el 11 fue una historia que se repitió siempre en mi casa, en muchas onces de domingo, cuyas sobremesas significaron regresar, una y otra vez, a aquellos instantes que marcaron la vida.

¹ Folclorista chilena y una de las fundadoras de Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos. Interpretó por primera vez la Cueca Sola el año 1978, en honor a su hermano detenido desaparecido.

RELATOS II

CENSURA, NORMALIZACIÓN
Y EL MIEDO EN LA VIDA COTIDIANA

Recuerdos de un día sin olvido

BERBELI ASTORGA LEIVA

Nacida en 1949

Era el día 11 de septiembre, de 1973, estaba de vacaciones de mi trabajo en el Hospital San Borja. En ese tiempo se encontraba ubicado en la Alameda, entre Portugal y Vicuña Mackenna. Mi laboratorio quedaba frente a la Iglesia San Francisco de Borja, en el centro del hospital. De tarde ejercía en el Hospital Militar. Era un día difícil, sin embargo, mi responsabilidad hizo que llamara al jefe administrativo del servicio, quién me indicó que tenía que acudir a trabajar.

No recuerdo si estuve consciente del riesgo al salir con toque de queda tan temprano. Sentí la seguridad de que no me iba a ocurrir nada. Sólo veía militares. En el puente Purísima expliqué mi situación laboral. Venía un vehículo particular con dos hombres, los detuvieron ordenándoles que me trasladaran. Lo hicieron, nadie habló.

Al ingresar al servicio, la única colega trabajando sintió un gran alivio, fui su salvación. Salió rápidamente. Finalizando mi trabajo, decidí irme.

Llegué al primer piso, impidieron mi paso dos fusiles. Sentí sirenas, pregunté. Un conscripto dijo que estaba entrando el cadáver de Allende. Pensé *¿será verdad?* Posteriormente me

dejaron pasar. Llegué al estacionamiento, averigüé si salía algún vehículo, respuesta negativa. Pidiendo que abrieran el portón, un militar me miró asombrado, dijo –bajo su responsabilidad-.

Salí, yo corría, faltaba media hora para el toque de queda, estaba en Los Leones, vivía en Purísima. Calles vacías, vehículos tocando sirenas, gente mirando a través de los visillos, angustiada seguía corriendo.

Se detuvo una Citroneta, manejaba un hombre joven. Me dijo que subiera. Pensando que *era la única posibilidad para lograr llegar a casa*, acepté. El conductor había bebido mucho, invitándome a celebrar. *El individuo estaba loco, no había nada que festejar*. Mi residencia quedaba en su camino, me dejó en casa, insistiendo en su invitación. Me despedí agradecida por el traslado, pidiéndole que se cuidara.

Abrí la puerta justo en la hora límite.

Fue vivir un gran estrés contra el tiempo, regresando a casa en un triste y dramático día. Posteriormente renuncié al Hospital Militar.



Club juvenil PAC

GUIDO ALVARADO FEHRMANN

Nacido en 1955

Juanita, Héctor, Lucho, Claudio, Mirza, Lili pertenecieron al Club Juvenil, que existió desde antes del golpe militar, y posteriormente continuó vigente. Nace del interés de algunos amigos y amigas del sector de Las Ánimas, con el objetivo de dar ayuda a quien podría necesitar, y también de poder reunirnos entre amigos y amigas.

Lucho fue nuestro único presidente, él gestionó la primera sede de reuniones, en dependencias del restaurant Ondina. Aquí oficialmente tuvimos nuestra inauguración, con algunos padrinos del comercio valdiviano y un curita belga, aún tengo una foto de ese momento, también estaban Iván, Edith, Yanette, Nano, Paty, Ricardo.

Después del golpe, tuvimos que cambiar de ubicación, en la misma calle. La mamá de Héctor nos prestó una casa de dos pisos para nuestro club, tenía luz, agua, no tenía muebles. La alhajamos con unas bancas y una mesa de tenis, teníamos suficiente para nuestras reuniones, no necesitábamos más. Nos encantaba jugar ajedrez, éramos fanáticos por esta actividad. Algunas veces jugábamos cartas.

Regularmente hacíamos fiestas con jugos yupi y pan con huevo, la música de The Beatles no podía fallar, teníamos una abundante colección.



Inauguración de nuestro club juvenil PAC

La vida era muy interesante alrededor de nuestro club, nos reuníamos diariamente, después de nuestros deberes escolares, para tener alguna actividad, fiestas, pololeos, ayuda a la comunidad, jugar tenis de mesa, largas conversaciones, escuchar música.

Hoy, 17 de julio 2023, un hermoso y frío día, inicié este relato, que me trae muchos recuerdos de aquellos 17 años, recordarlos es como *volver a los 17*.

Karina, Maggi, Mario, Gloria, Oti, también eran parte de este hermoso club de juventud. Luego del golpe, nos reuníamos en clandestinidad, ya que existía el toque de queda y estaba prohibido reunirse bajo cualquier circunstancia. Nosotros lo sabíamos y no nos importaba o no entendíamos las consecuencias. Cuando llegaba la hora, había que correr por las calles, hasta nuestras casas.

Cierto día, alrededor de las 22 horas, estaba viendo televisión con mi familia, con la luz apagada, que era costumbre. Desde allí escuchamos que llegan varias patrulleras con muchos militares e ingresan a nuestro club, parece que alguien delató nuestras reuniones. Entran a nuestro lugar, buscando personas o algo e invaden muchos de nuestros

sitios, pero no encontraron a nadie, luego se retiran del lugar.

Qué habría sido de nosotros y de nuestras familias, si nos hubieran encontrado reunidos, por alguna razón inexplicable, ninguno de nosotros fue ese día.



Las vueltas de la vida...

YOLANDA SAAVEDRA

Estudiante universitaria de la época

Corría el mes de julio de 1986, eran los días siguientes a la protesta nacional del 1 y 2 de julio donde resultaron quemados Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas de Negri. El ambiente estaba tenso, pero la vida continuaba. Yo estudiaba licenciatura de Historia en la Universidad de Chile y debía ir a la universidad a rendir exámenes de fin de semestre. Mi campus quedaba en la Reina y yo vivía en La Florida, no había micro y ya estaba al filo del tiempo para poder llegar a la Universidad.

Me devolví a la casa y le pedí a mi papá que me fuera a dejar en auto, cosa a la que él accedió. Tomamos Avda. La Florida y pasado Walker Martínez, nos detienen militares que estaban controlando a todos los autos que pasaban por ahí. La noche anterior hubo barricadas, saqueos y cortes de luz, como era costumbre en las protestas nacionales. Nos pidieron documentos y al presentarlos se me olvidó guardar mi credencial de la Universidad de Chile. Cuando se percataron de ello, me obligaron a bajar del auto y abrir la mochila, y vieron que llevaba libros, porque tenía prueba sobre

la República Conservadora. En muy mala forma me empujaron y me detuvieron, según ellos, por andar con “material subversivo”.

Mi viejo al ver esto, sale del auto y se pone a discutir con el militar, yo le digo que se calle y él insiste en decir que era una injusticia y una arbitrariedad porque no habíamos hecho nada. Él lo decía porque era partidario de Pinochet, se creía todos los montajes y pensaba que lo que contábamos con mi hermana eran mentiras. La discusión subió de tono y un frío y miedo me invadió por completo.

Era una época feroz. En ese momento pensé que era el fin.

A los gritos llega un militar a cargo, preguntando en forma muy enojada qué pasaba, cómo era posible que los inútiles no fueran capaces de detener a “unos comunistas” y cuando se acerca y mira a mi papá, su cara se transformó y les grita a los subalternos: “¡suelten al señor carajo! Él fue mi profesor de Lenguaje en el Liceo y gracias a su ayuda pude ser militar”.

Nunca más hablamos del tema, pero de ahí en adelante mi papá me decía: "tenga mucho cuidado hija..."

El pueblo unido¹

GLADYS PIÑA
Nacida en 1964

Hola, les voy a contar una historia de la dictadura y que tiene que ver con mi hijo.

Arlistán tenía tres años y era muy feliz, tanto que llegaba a hacerme llorar.

Tenía el pelo largo y rizado. Su carita era una delicia: sus ojos eran café, como dos luceros, y su nariz larga y delgada, una hermosura. Sus labios eran indomables y delicados. Yo solía decirle: “eres un cristal tierno y dulce”.

Un día, después de haber estado gritando y caceroleando en una protesta, tomamos la micro y nos dirigimos a casa. Él iba cansado y soñoliento. La cabeza se le caía. Poniéndola junto a mi corazón empecé a hacerle un pequeño rulo. De pronto algo lo despertó y se puso a cantar:

“El puelbo... unido... tabaja en la bencina”.



Yo me quedé helada, me quería morir. Me fijé en los asientos, si venían carabineros (ahora ya no se les puede decir pacos). Iban dos. ¿Algún CNI? No había cómo saber.

Me bajé, mejor, tenía miedo.

Pese a todo, para mi sorpresa, bastó la inocente voz de un niño para convertir esa micro en un coro improvisado por los pasajeros:

“El pueblo, unido, jamás será vencido”.

1

Fuente: <https://www.boletranschile.cl/nosotros>

El bolso de mezclilla

MA. ANGÉLICA URBINA HERLITZ

Nacida 1950

Se habían reanudado las clases. Con una carpeta de planos visité los lugares de dos proyectos para el taller de Arquitectura en el Campus Lo Contador. Una de esas tareas sería un Centro Cultural en el barrio Villavicencio. También haríamos viviendas en el borde del cerro San Cristóbal, sector El Salto.

Llegué a la vereda norte de la Alameda, frente al edificio llamado Diego Portales, el mismo que al ser inaugurado el 3 de abril de 1972 llevaba el nombre de UNCTAD y que más tarde será conocido por GAM (Centro Gabriela Mistral).

En la esquina de Lastarria con Alameda me acerqué a un carabinero de guardia. Revisó mi carnet de estudiante y la carpeta. Hojeó los planos, arrugó las cejas, el mapa de El Salto mostraba la ubicación del regimiento Buin.

-Acompáñeme- dijo. Lo seguí hasta un bus estacionado.
-¡Suba!- ordenó con voz seca.

Al interior una radio daba noticias sobre armamento extremista.



Fotografía del año 1973, tenía entonces 23 años.

Por la ventana vi pasar transeúntes indiferentes, en este barrio donde se había instalado el gobierno militar. Comencé a llorar, sentí miedo. En la universidad se hablaba de un profesor desaparecido. Minutos después subió un oficial, tomó mi bolso y la carpeta.

-Espere sentada aquí, vendrá una persona a interrogarla- dijo.

-¿Qué hacía usted en el teatro Caupolicán el martes pasado?- preguntó un vozarrón desde atrás.

Acto seguido giré la cabeza. -¡No se dé vuelta!- gritó el hombre que acababa de subir sigilosamente. Vi su rostro delgado, usaba lentes oscuros y bigotes. Vestía una chaqueta a cuadros.

Sentados tras de mí, tenían mi bolso. Lo vaciaron, abrieron mi libreta. No recuerdo cuántos minutos duró el interrogatorio, buscaban verdades de mentiras.

Tras una pausa, el oficial se sentó a mi lado, me devolvió la carpeta y el bolso.

-Revise todo, que no falte nada- dijo.

-No le cuente esto a nadie, pero adviértale a sus compañeros que no se vengan a meter aquí- agregó.

Salí del bus con mi bolso de mezclilla colgado del hombro. Caminé treinta y cinco cuadras de regreso a casa, a punta de sollozos.

Fue al día siguiente en la Escuela de Arquitectura cuando me enteré que todo mi curso había caído preso. -¡Se portaron muy bien contigo! ¡Yo estuve una semana en un calabozo!- eran los comentarios de mis compañeros.

Ese fin de semana comprobé que nada faltaba en el bolso, nada excepto las huellas del asombro.



Literatura subterránea

JUANITA PALACIOS BAZA
Nacida el 1969

Solo la luz de una ampolleta incandescente iluminaba todas las plantas del limitado patio de la casa, esa noche. Siento la alteración de mi padre y de fondo apenas unas voces en sordina, son murmullos: “los milicos están en la casa de al lado”.

En la oscuridad de la pieza que compartía con mi hermano, me paré sobre la cama para lograr mirar por la ventana y ver a mi papá entrando al patio. Llevaba entre sus manos y apoyados contra su pecho, con un frágil equilibrio, numerosos libros, revistas y algunos papeles.

Estoy segura de no haber tenido esa sensación antes, nunca había visto a mi padre así. Con su pala, rápidamente cavó entre las plantas, los arbustos, la maleza y unas pocas flores. Enterró su literatura como si fuera un gran tesoro para la prosperidad.

Estoy segura que él nunca supo que lo vi esa noche.

Tampoco le conté lo que vi después. Por sobre la pandereta que nos separaba de los vecinos, se asomaron lentamente dos cascos, en cuyo interior asumí que habitaban los famosos “milicos” de quienes tampoco había oído antes. Ellos miraron varios segundos hacia nuestro patio, limitado, pero nuestro.

En mi casa nunca se habló del tema, ni de la noche en que mi padre enterró sus sueños.



¿Cuándo la IA quemará los libros? ¹

RODRIGO PALACIOS BAZA

Nacido en 1970

Probablemente mi hermana recordará lo mismo. A las 3:33 am desperté paranoide como siempre, enciendo la pantalla y aparece para mí, gracias al algoritmo de Inteligencia Artificial (IA), un documental de la quema nazi de libros de 1933.

Me recordó que a mediados de los '80, estaba en la universidad, a mis compañeros de derecho les apasionaba el juicio de Nuremberg, pero no a mí. Yo estaba en otras cosas, al igual que ahora, preso de mis propias paranoias.

En Chile se quemaron libros también, pero yo era muy chico, no tengo muchos recuerdos originales de esa época. Apenas, el de unos libros medio podridos y muy ajados, como repollo, abandonados en el entretecho de la casa.

El '73 mi padre sepultó su biblioteca: sacó los rosales, tomó una pala, hizo un rectángulo -como una tumba- los depositó en orden, desocupando su rústico librero del comedor, para detener su propio terror y nunca más meterse en esas cosas.

¹ Fuente de la fotografía: https://es.wikipedia.org/wiki/Quema_de_libros_en_Chile#/media/Archivo:Chile_quema_libros_1973.JPG



Trasnochado, como estaba, en la pantalla el fuego de los alemanes me gatilló también otras imágenes que oí el día anterior en una entrevista -también dada por mi querida IA- de un anciano.

Hablaba de unas micros, buses como se les llamaba en los 70, atiborradas con trabajadores, todos ellos leyendo libros; únicamente visto por él durante la Unidad Popular (UP) y que nunca antes o después volvió a ver.

Imagino vívidamente otra parte del relato de ese mismo anciano, sobre la UP, sin haber siquiera estado allí: una pira de fuego, alimentada por silenciosos y contentos pobladores. Ellos al recibir su casa propia e instalarse la primera vez en ellas, en la cancha hicieron una fogata, alimentando el fuego con sus rústicas cajas de azúcar de madera, las que antes fueron sus únicos roperos. En el fuego de este ritual quemaban, sin confesarlo, su pobreza e indignidad habitada largamente.

Ya superado el trasnoche, pensando en los relatos de ese anciano, me imagino muchas villas de ese tiempo, con muchas casas y sus entretechos con muchos libros viejos y podridos dormitando.

Ho Chi Minh pudieron llamarse todas esas villas, como a la que llegué con mis padres el año 78, - todas por el golpe rebautizadas- y donde en una de ellas mi madre aún riega sus rosas, alimenta sus gatos soñando con un mundo diferente, que la IA de su *tablet* gentilmente le sugiere.



Dentro de la casa y Fuera de la casa

CARMEN JIMENA

Nacida en 1972

Dentro de la casa se hablaba del golpe militar, de los asesinatos, de las torturas, de los allanamientos, de los desaparecidos, de los montajes y mentiras de la junta militar, de los sapos, de los soplonos, de los fachos, de los momios, de cómo fue el triunfo de Salvador Allende, del Che Guevara y del gobierno de la UP.

Fuera de la casa se hablaba de Michael Jackson, de Más Música, de Magnetoscopio Musical, del Jappening con ja, del vídeo de Take On Me de A-ha, de Sábado Gigantes, de Luis Miguel, de las películas de Steven Spielberg, de John Travolta, del festival de Viña del Mar y de los concursos de las Misses Universo.

La familia que no sabía

VALENTINA FAÚNDEZ MORÁN

Nacida en 1995

Mi familia le hizo campaña a Allende, mi familia votó por Allende, mi familia lloró su derrota. Pero mi familia en dictadura dice *no haber vivido nada*, mi familia menciona que en Cauquenes, nuestro pueblo tan chiquitito, nada pasaba, ni un pariente parece haber sufrido algo, ni un conocido. Hasta que llegó un día una noticia, “el Pepe andaba arrancando pal norte”, pero ahí quedó no más, justo el Pepe no era tan cercano a la familia.

Años después, el Pepe volvió del exilio con su esposa, con solo dos hijas, no tres, una de ellas había sido muerta por la dictadura en el vientre de su madre. Pero mi familia, parecía seguir sin tener relación con algún hecho de la dictadura, “eso fue en las grandes ciudades” decían. Eso fui escuchando mientras crecía.

Hasta que llegó el 18 de octubre de 2019, yo ya en la universidad vivía en Santiago, una ciudad grande, la más grande de Chile. Mientras todo el bullicio crecía, se quemaban micros, metros, paraderos, la ciudad se movía y gritaba bajo el enrojecido cielo de la rabia y el enojo.

Mientras todo eso ocurría, el gobierno sacaba a los milicos a la calle, toque de queda decían. Toque de queda escuché y a mi mente vino: ¿cuánta gente matarán esta noche? Me imaginé decenas de cuerpos, cientos de cuerpos desparramados, escondidos, mutilados. Todo eso me imaginé.

A los minutos, mi teléfono sonaba sin parar. Al otro lado de la línea, mi madre desesperada me decía: “devuélvete, devuélvete, van a salir los milicos a la calle, cierra las cortinas, no salgas de la casa, cierra todo, no te quedes sola. Devuélvete, por favor, devuélvete”.

Pensé, ¿no que no había pasado nada con la dictadura?, ¿no que no nos había afectado? Pobre madre, pobre familia no sabían lo que vivían, ¿lo sabrán hoy día?

RELATOS III

LA MIRADA DESDE LAS NIÑAS,
NIÑOS Y ADOLESCENTES

El golpe de Estado pegado en mi adolescencia

BELIA JAZMÍN TORO CAMPOS

Nacida en 1956

El 11 de septiembre de 1973, llegué al colegio, tenía 16 años y cursaba tercer año medio en el Liceo Experimental Darío Salas. El colegio se encontraba con sus puertas abiertas, los profesores estaban reunidos en la dirección. Nos llamaron. Con los ojos llorosos nos informan del golpe de Estado, estábamos desconcertados y muy tristes.

Nos retiramos caminando a nuestras casas, en pleno bombardeo a La Moneda. Había poca gente en las calles, nosotros con mucho temor nos refugiábamos bajo las cornisas de las casas, nos tirábamos al suelo, temiendo que nos alcanzara alguna bomba.

Yo era militante de las Juventudes Comunistas y me fui a la sede del partido, ahí se encontraban varios compañeros/as, destruyendo los carnet de militantes. Me uní, también quemando y enterrando documentos, para no dejar evidencias. Esperamos un largo rato, hasta que nos fuimos a nuestras casas.



Llegué a mi casa y mis padres estaban angustiados porque no habíamos llegado todos los hermanos, finalmente estuvimos tres de los cuatro, mi hermana estaba en la casa de su novio. Mamá lloraba por el golpe y por el presidente Allende, mientras escuchaba su discurso.

El 17 de septiembre, llegaron los militares, eran tres camiones que rodeaban la casa, todos apuntándonos con metralletas, nos sacaron a la calle. A mi hermano mayor comenzaron a pegarle, disparar en sus oídos y hombros, mientras mi papá era subido a un camión. Escuchábamos como lo golpeaban. A mi madre, hermano menor y a mí, nos obligaban a mirar

cómo lastimaban a mi hermano, mientras a cada uno nos apuntaban con una metralleta en la cabeza.

Después de mucho rato nos entraron a la casa y mataron a nuestra mascota, un perro fiel, hermoso y amado. Destruyeron todo. Nos asustaban diciendo que habían francotiradores y armas.

Al interior de nuestro hogar comenzó otro sufrimiento y fue para nosotros, los menores de 11 y de 16 años. Nos tiraron al suelo, nos pisotearon, nos asustaban con las armas en

nuestra cabeza y comenzaron a toquetearme. Sentí miedo y que podría venir algo peor.

Pensaba en mis padres, mis hermanos y hermana, sentía que mamá y papá sufrían. Pensaba en todo momento que nos matarían. Al fin, terminó. Pareció eterno, quedamos con arresto domiciliario varios días y amenazados de que volverían por nosotros.

La historia sigue, años después vinieron otros...



Soplo

JUAN PABLO CONTRERAS GODOY

Nacido en 1962

Me senté en el suelo. Necesité piso para soportar ese momento de destrozos que, a mis once años, dictaría sentencia. ¿Perpetua soledad? No. Libertad condicional. Flecté mis piernas y bajé hasta que mi huesudo trasero tocara el parqué. Mi espalda contra la pared. Mas no mi cabeza. Ella permaneció gacha.

Vitores y un llanto. El de mi madre cuando escuchó: “que los maten a todos.” El mayor de sus hijos estaba fuera. Había que defender al compañero presidente, había que poner el pecho como muralla. Yo no lo vi partir. Mi hermana me diría que nuestro padre habría intentado detenerlo. Yo me quedé con otra imagen. La del hombre que votó por Allende, por su sentido de justicia y por su hermandad de masón, y que muy pronto, se convirtió en oposición demasiado cercano a la sedición.

El departamento se hizo largo ante mi pequeña existencia. Fue como si el destino nos sentenciara a vivir según tres tercios imposibles de integrar. En la primera habitación de ese pasillo que se hizo tan angosto, y en cuyo fondo estaba el baño, se quedó encerrada una madre cristiana que clamaba



que volviera la tranquilidad. En la segunda habitación, un padre alucinado por una victoria falsa; y en la última, un niño con un soplo al corazón en pleno ventrículo izquierdo. Más dos adolescentes en modo nulo. Porque en esas calles que nos vieron felices correr, se jugó un “paco-ladrón” macabro.

El Consulado de Francia está a unas pocas cuadras. Balazos. Escapadas. Muralla. Libre. ¿Por todos mis compañeros?

No recuerdo qué día decretaron que volviéramos a clases. Tampoco sé cómo llegué al Instituto Nacional. Seguramente en micro. No hubiese sido capaz de caminar como lo hacía en los días de paro: no son más de veinte cuadras, hágalo por el gobierno del compañero presidente. Me dijo mi hermano

una de las pocas veces que lo vi en esos tres años. Mi infancia paso a paso y los troles desconectados y jóvenes saltando en sus techos; y en el edificio de la UNCTAD¹: los cascos danzando en el cielo; un cerro transitado; una cartelera para “Una odisea en el espacio”; estudiantes discutiendo y moviéndose. Muchos perros.

¹ Actual Centro cultural Gabriela Mistral (GAM). Bajo la dictadura fue nombrada edificio Diego Portales y fue sede central de la junta de gobierno hasta 1981.

Nada quedó. Sólo el hoyo del Metro. Todo se volvió apuro, miedo, rabia.

50 años.

La espalda sin apoyo. La cabeza bien erguida. Más preparado para gozar, fracasar y volverlo a intentar. Gracias Chicho, Payita, Víctor... ustedes son mi soplo...



Salvador y Tevito

MAGDALENA SANHUEZA TOHÁ

Nacida en 1963

Esa mañana de septiembre no fui al colegio. Cada año, en esa fecha, vuelan por mi mente imágenes y emociones que quedaron grabadas desde ese día en que el cielo gris dejaba a ratos colarse unos rayos de sol. Mi papá salió temprano y no volvió hasta días después. Recuerdo a mi mamá en la cocina, escuchando inmóvil una voz de hombre que sonaba en la radio. Supe que se trataba de algo serio y pregunté quién era. “Un hombre que hizo lo que pensaba era correcto”, contestó.

Desde la terraza vimos pasar los aviones hacia el centro, se me confunde en la memoria el humo negro del bombardeo con el cielo amenazante de ese día, no sé si realmente se oían las bombas o lo imaginé después. En la tarde plantamos dos árboles, un ciruelo y un damasco: “Salvador y Tevito” (el segundo nombre por una caricatura de TVN, inspirada en el periodista Augusto Olivares).

En octubre de 1974 se llevaron a mis padres durante la noche, quedamos solos los cinco hermanos. Después supimos que estuvieron en recintos de la DINA. Para los tiempos que corrían, tuvimos suerte: fueron liberados.



Mis padres a fines de los años 50

Nunca supimos qué ocurrió, el silencio se instaló y ya no se fue de la casa. Quizás para protegernos, quizás porque nuestros padres no pudieron hacer otra cosa. La imaginación voló en nuestras cabezas toda la vida. Recién 50 años después, los hermanos y primos, cuyas madres también fueron detenidas, comenzamos a deshilvanar la historia, a juntar las piezas que cada una(o) conocía.

Al final de su vida, mi mamá me habló de las humillaciones y amenazas que sufrió, especialmente por ser prima de José Tohá. Y así fue, volvieron a la casa semanas después, cuando los hermanos estábamos solos. Otros secretos que cargar.

Instalados el miedo y el silencio, había que sobrevivir. Después de la detención vinieron los despidos; mi padre, doctor en filosofía de la Sorbona y colaborador de Fernando Castillo, fue taxista, gáster y dio clases a grupos pequeños. Mi mamá, brillante, de una sensibilidad profunda, recién volviendo a la academia después de muchas postergaciones, quemó sus ojos y sus sueños en un puesto de secretaria. Nada terrible, ciertamente, considerando lo que vivieron tantos... Más encima, cargar la culpa por haber sobrevivido.

El damasco murió, el ciruelo "Salvador" se fue con nosotros a otra casa. En tantos años, nunca había dado frutos, hasta que, maravillados, lo vimos florecer esa primavera de 1988.

Dedicado a mis padres



José Domingo Cañas

MA. SOLEDAD FALABELLA LUCO
Nacida en 1967

Me veo junto a mi mamá caminando por José Domingo Cañas. Me veo de la mano de ella, pero ella no puede haber estado caminando de mi mano porque llevaba el coche donde iba mi hermano. Tiene que haber sido hace finales de septiembre o principios octubre de 1973. La mañana estaba soleada. Por el tipo de luz se me ocurre que tiene que haber sido alrededor de las 11 de la mañana. Era una mañana fresca, una de esas, después de la lluvia.

Vamos caminando con la esperanza de poder ver a David. Recién habían mudado a todos los asilados a una casa cedida a la embajada de Panamá, que quedaba en José Domingo Cañas. La calle se veía muy hermosa con sus plátanos orientales con hojas amarillas y veredas, que para mí, eran muy anchas y eternas de largas. A la antigua.

Antes David había estado en un departamentito de la embajada, de un ambiente, en la calle Lyon en Providencia, junto a cientos de personas que no tenían cómo sentarse, menos acostarse. Solo había un baño.

Yo me trataba de imaginar cómo tanta gente... mi mamá me contaba los pormenores: ya van 200, 300... En esa época yo escuchaba a mi mamá comentar como los consulados no daban abasto y este era tan chiquitito... Además, era imposible visitar a quienes se refugiaban ahí.

Ante el apuro, como por milagro, apareció la casa de José Domingo Cañas. Esta era la primera vez que íbamos a ver a David ahí.

El frontis, como el de todos los consulados y embajadas, estaba siendo vigilado por carabineros para impedir que más gente entrara. Ante mi miedo, mi mamá me tranquiliza, diciendo que había carabineros que eran amigos, que tenían brazaletes especiales. Los de José Domingo Cañas eran de esos.

Cuando se nos acercó ese caballero carabinero con un brazalete de tortuguitas, pensé qué suerte, es de los buenos. Me acuerdo haberme sentido rara cuando él comenzó a interrogar a mi mamá. Lo veía enorme desde mi cuerpo de niña. Me acuerdo que mientras hablaba me quedé mirando fijamente su brazalete de tela blanca con dibujos morados, muy distintos al tono de voz.

Algo no calzaba.

Solo décadas después he podido darme cuenta de lo que me había tocado vivir, solo hasta hace muy poco he podido comenzar a dimensionar realmente lo que había pasado.

El intercambio fue corto y de repente me vi con la punta de su fusil en mi pecho. Nos ordenó retroceder. Me sentí confundida, ¿acaso no tenía el brazalete de los que estaban ahí para cuidarnos?, ¿las tortuguitas moradas no valían para nada?

Esta era la primera vez que veía un fusil y este señor que yo no conocía me lo ponía contra mi pecho. Una risita en la comisura de sus labios me confundía aún más.

Mi mamá me susurró que le hiciera caso y comenzamos a caminar hacia atrás, pasito a pasito y de espaldas, lentamente, ella tirando del coche de mi hermano, y yo con el fusil en el pecho.



Olor a sopaipillas

EUGENIA SCHNAKE VALLADARES

Nacida en 1962

En la casa de mi abuelita en San Miguel se siente el olor de las castañas mientras ella amasa para hacer sopaipillas, miro el calendario y veo que es San Fernando y que está terminando mayo de 1974.

Tenemos clases en la tarde con mi hermano menor, papá y mamá vendrán al colegio a reunión y los esperaremos. Vivimos con mi abuela desde febrero, ella se quedó sola en su casa quinta al fallecer mi tata.

Ya está oscuro y con mi hermano de 9 años pensamos en las castañas y las sopaipillas que nos esperaban. Nuestra casa de siempre, queda frente al colegio y durante el día vimos mucho movimiento, nos parece raro porque los lolos que cuidan la casa y a nuestro perro Ciriaco, son solo dos.

Mi papá y mamá salen de las reuniones y cruzamos la calle. La entrada de la casa está por el lado hacia el fondo, está oscuro, pero a través de los ventanales vemos unos hombres con chaquetones oscuros que no son los cuidadores. Al segundo, dos hombres aparecen por nuestras espaldas y nos encañonan, papá abre los brazos para defendernos, tienen chaquetones, bigotes y lentes oscuros, me quedo muda.



El día en que mi papá se autoexilia

Nos dicen a mí y a mi hermano que esperemos en la reja. Sigue haciendo frío y está oscuro, no sé cuánto tiempo pasa. Sale uno de esos tipos y nos dice que nos vayamos caminando a la casa de la abuela, que no le digamos nada a ella porque si no la van a ir a buscar.

Con nuestra prima de 15 y primo de 13 le inventamos a mi abuela que papá, quien es doctor, fue a ver a la mamá de una profesora y que llegarían tarde con mamá... no queremos sopaipillas.

Al día siguiente pacientes y amigos se comienzan a movilizar. Pasan 1, 2 y 3 días, hasta que detrás de la ventana empañada los veo entrar, es de noche y en el vidrio queda escrito soy feliz y un corazón.

Ellos solo recuerdan los gritos, las colchonetas y los jóvenes con los ojos vendados, como ellos. Jugaban ajedrez de memoria mientras las campanas de una iglesia repicaban.

Años después supimos que era la de San Francisco. Aún no tengo valor de ir a Londres 38.



Burbuja

ANDREA RUFFINELLI

Nacida en 1970

Creí creyendo que el jefe militar era la máxima autoridad de cualquier país. Era un privilegio ser elegida para marchar los domingos en riguroso uniforme, sin más protección que la blusa escolar, a los 12 años, empapada y congelada por las calles de Temuco. Deseaba llevar el estandarte o izar la bandera cantando los lunes, en el acto cívico, un himno de dos estrofas que no entendía, pero repetía bien. Mi pelo nunca debía estar suelto, siempre engominado. Mi jumper siempre bajo la rodilla. El diario mural, el taller de poesía y el de teatro debían tratar temas como el patriotismo, la religiosidad, la obediencia, las buenas costumbres, botar la basura, ser buen hijo y estudiante, y la sacrificada vida de los santos. Mi Mema trabajaba en el entonces Ministerio de Educación Pública y nadie en mi colegio tenía los cuadernos que ella nos traía: tamaño *college* (raros para la época) y con colorida propaganda comercial de pastas de dientes, alimentos...nadie más en mi pagado colegio los tenía.

Una burbuja de silencio y omisión, del miedo que se retrata en la serie Los 80, que no he visto. A mis 10 años llegó *El Diario Austral* con una imagen mercurial del “presidente” llamando a votar: “Sí a la Constitución de la Libertad”. ¿Cómo decir que no a la libertad y a la foto que preside



Acto cívico escolar en los años 80¹

mi sala de clases? Mi mamá y tía eran enfermeras Cruz Roja, siempre acompañando a uniformados en operativos médicos para los pobres, levantados en carpas militares. Pegué la foto en la ventana de mi casa, mirando hacia la calle. Mis papás enfurecieron y sacaron el afiche repitiendo que ¡¡cómo podía hacer eso!! Yo no entendía nada. Y nadie me explicaba nada, ni en casa, ni en mi pagado colegio. Solo había que estudiar, esforzarse mucho y no preguntar, nada.

Mi papá llegaba a casa con la revista *Apsi* o *Cauce*, pero yo no podía, no debía leerlas. Las leía solo él y las

¹ Fuente: Blog de Damir Galaz-Mandakovic Fernández, <http://tocopillaysuhistoria.blogspot.com/2010/08/actos-civicos-escolares-decada-del-80.html?m=1>

escondía. Decía que considerando cómo era yo, era mejor que no supiera, sino tal vez qué cosa haría. Intentaba yo a veces leer tras su hombro. Una vez vi que en lugar de fotos había solo cuadros en blanco, con la palabra “censurada”¹.

Había un relato de mi madre, casi pintoresco, folklórico, sufriendo por no haber podido parir a mi hermano en una clínica privada y haber tenido que hacerlo en un hospital público el año 72, y luego haber tenido que cortar la punta de sus zapatos al año siguiente porque le quedaban chicos

¹ La dictadura, desde 1984, prohibió la publicación de imágenes a las revistas de oposición: *Análisis*, *Apsi*, *Cauce* y *Fortín Mapocho*. En un acto de protesta, dichos medios decidieron dejar en blanco el lugar donde irían las fotos.

y no había para comprar. O contando que sus buenas redes nos proveían de cajas de pastas de dientes, latas de café, cartones de cigarrillos, que intercambiaban con otros amigos con buenas redes que conseguían otras cosas, para enfrentar la carestía. Justificaba el *golpe*, y que “tal vez” lo que se podía criticar eran algunas cosas que habían ocurrido después, y que no debieron quedarse tanto, pero esas cosas no era seguro que hubiesen ocurrido. Mi papá callaba.



La plaza más bella del barrio

MAURICIO URETA LETELIER
Estudiante en dictadura

Tenía 4 años.

Cuando con mi madre caminábamos a la escuela y pasábamos frente a la Plaza Madeco en la población Mussa, ella me decía: “en esta plaza está enterrado Allende”. Seguramente era otra frase y la interpreté de esa forma. Crecí pensando que el ex presidente estaba sepultado cerca de mi casa.

En parte era cierto. Con los años fui comprendiendo que el presidente muerto era solo un símbolo de un dolor muchísimo más grande que invadía a un país completo y esa plaza pasó a representar un cementerio invisible.

Era la plaza más bella del barrio, sin embargo, tenía un significado oculto, siempre, desde esa inocencia infantil hasta el pavor juvenil.

Es paradójal que haya asociado lo peor que conocía al lugar más lindo de mi entorno. Pienso que era una negación a que tanta miseria fuese real. Sepulté el horror y lo tapé con belleza.

Puedo decir que tuve una infancia y adolescencia feliz, protegida, pero siempre consciente de que era un privilegio que muchos, muchísimos no tenían.



Mi media tía abuela

CARMEN JIMENA

Nacida en 1972

La vida no me regaló abuelos ni abuelas, pero sí me regaló una valiosa “media tía abuela”.

Desde que tengo recuerdos, siempre tuve una especie de complicidad con la media hermana de mi abuela materna, mi “media tía abuela”. En mi infancia, mi “media tía abuela” me sacaba a pasear, me invitaba a un helado, me daba unas monedas de “yapa” y siempre me tenía un regalo para mi cumpleaños. Desde muy niña, recuerdo haberme sentido muy querida por ella, y me costaba pensar que - teniendo ella tres nietas para regalonear, se daba tiempo para ser cariñosa conmigo.

Ya en los años 80, cuando era más grande, supe que cuando mi madre estuvo detenida en el Estadio Regional de Concepción, en octubre de 1973 -época en que yo tenía 1 año 9 meses- fue mi “media tía abuela” la que me cuidó, acunó, cambió pañales, alimentó y arrulló. Ese día comprendí su afecto y mi seguridad en sus brazos.



Desorientación

ALEJANDRA ANDREA

Nacida en 1975

Para mí la dictadura es dolor, tristeza e incomprensión, desde una mirada de niña nacida el año 1975. Todo ello, a pesar de que mi madre y padre hicieron todos sus esfuerzos por esconder a sus hijas del terror, la pena y la rabia.

Nací en Lima (Perú), luego estuve en Brighton y Londres (Inglaterra) y Maryland (Estados Unidos). A los 10 años, sin hablar español, llegué a Chile. *Hija del exilio*, creo que es una de las denominaciones que más me identifica. Esta es parte de mi historia.

Mi mamá me cuenta que durante los 13 años del exilio no había un solo día que mi papá no pensara en cómo era posible volver a Chile. Ambos dedicaron esos 17 años a denunciar los horrores y recuperar la democracia. Supongo que esa añoranza y sentido de vida estaba en la atmósfera del día a día de mi niñez. Pero para mí, eso sí, esa infancia viajera venía cargada con desorientación, entendía por fragmentos y pedazos lo que ocurría.

Me veo en mi sala de clases multicolor, con compañeros de distintas nacionalidades, cantando todas las mañanas



“I pledge allegiance to the flag” con la mano en el corazón mirando la bandera estadounidense. Mi familia extendida era el clan de los exiliados chilenos. De vez en cuando llegaban cartas o cassettes desde Chile y era todo un ritual juntarnos a leer o escucharlos.

Apenas una o dos veces tuve la suerte de conocer a dos de mis abuel@s de Chile, pero una murió durante el exilio y otro justo al volver. De todos modos, los imagino y atesoro en mi corazón, como si me hubiesen regalado una y mil veces.

Mi llegada a Chile, en dictadura, tiene en la memoria los sonidos de los helicópteros de noche, los militares en las calles, yo aprendiendo a hablar español y la felicidad de la familia de estar al fin de vuelta.

Mi diminuto recuerdo de una gran lucha

CLAUDIO PALMA

Estudiante de enseñanza básica de la época

Tuve la suerte, y al mismo tiempo la desgracia, de vivir el momento exacto del estallido de las protestas de mayo de 1983. Teniendo solo ocho años, me toca vivir una transición brusca: la de ser un menor de un barrio de clase media, que cuando no estaba en el colegio me la pasaba viendo una televisión, donde solo sale gente linda, gente rubia.

Uno de los aspectos del proceso de aculturación de la dictadura, invisibilizar a las clases populares, no aflojó ni siquiera para el temporal de 1982. Aun en ese momento y con Pinochet recorriendo las poblaciones, la televisión hacia todo lo posible por evitar exhibir en imágenes al sujeto popular, ese que solo nueve años antes había sido el protagonista principal de la revolución con “empanadas y vino tinto” y organizador del “poder popular” en las poblaciones. Es verdad, uno escuchaba lo que había ocurrido a principios de los setenta, y daba la impresión que hubiese pasado mucho más tiempo que nueve años.



*Olla común en campamento de Macul,
junio de 1984. Foto de Nelson Muñoz, Revista Cauce.*

En el lugar donde yo vivía, y en la etapa de mi vida en la que estaba, era difícil la posibilidad de conocer en vivo un sector popular. De pronto, como me ocurrió muchas veces, todo me estalló en la cara al mismo tiempo. La crisis y la extrema miseria provocan el estallido de las protestas, con mi mamá cruzamos en auto medio Santiago para un trámite y vi por primera vez en mi vida, cuadras y cuadras de “poblaciones callampa”, casas hechas de madera, y en ocasiones de “cholguán”. Los pobladores por primera vez sin miedo y rebelándose de mil maneras contra el régimen: barricadas, ollas comunes y yo presenciando en vivo y en directo todo en un solo día.

Cómo olvidar ese impacto. De pronto ya no había pasado tanto tiempo. De improviso ya no era tan difícil imaginar los setenta e incluso la década del treinta. Era el mismo sujeto, la misma miseria, solo que con la política ilegalizada.

De vuelta en mi barrio y con los primeros resultados del modelo económico de la dictadura, simbolizados en la Torre Santa María y el Parque Arauco, tan cotidianos en mi día a día, me viene a la mente: no ha pasado tanto tiempo desde 1973.



Gran Avenida en dictadura¹

RAFAEL MIRANDA

Nacido en 1977

De niño mis papás me contaron a goteras su historia del golpe de Estado. Me contaron muchas veces (porque necesitaban contarle mucho) que mi papá apareció en una lista para ser llevado al Estadio Nacional y que su hermana menor, secretaria en Arsenales de Guerra -a pocas cuadras de donde hoy vivo- había conseguido que no lo incluyeran en la lista definitiva que debía tipear. El miedo que les movió a intentar fallidamente el auto-exilio hacia México se solía ocultar en el chiste familiar con que remataban la historia: “¡Así que tu serías mexicano!”.

Mi recuerdo de la dictadura es más nítido cerca del plebiscito. Un compañero de curso gritando en la sala “¡Los comunistas se murieron el 73!”, no recuerdo por qué. Cantar los lunes el himno nacional “completo”, porque los dueños del colegio eran abiertamente pinochetistas, aunque yo era de los que callábamos a partir de los “nombres” de esos “valientes soldados”, mirando con desdén quienes seguían cantando.

¹ Fuente de la fotografía: <https://www.enterreno.com/moments/gran-avenida-en-1970>



Ensanche Gran Avenida José Miguel Carrera

Gran Avenida en 1970

Mis papás me habían contado que vieron pasar camiones con cadáveres de ejecutados políticos (sin nombre) por la Gran Avenida y militares disparando al aire para disuadir a posibles testigos. “Se los llevaron al Chena” decía mi papá con una pena negra, san bernardino de corazón.

Con él recorrimos en auto la Gran Avenida de ida y vuelta la noche en que triunfó el No, y lo recuerdo como la mayor celebración popular de mi vida, en tiempos en que solo se celebraba privadamente.

En la inspectoría de mi colegio había un gran lienzo del dictador, testigo de las veces en que me suspendían por atraso en el pago de la mensualidad, cuando me dictaban la comunicación para mis padres que siempre recibieron con vergüenza.

A fines de 1990 me propusieron hacer mi enseñanza media en un municipal más allá de la Gran Avenida.



¿Cuándo volverán?

YOVANNA GALAZ NOWAJEWSKI, HIJA DE MARCO
Nacida en 1991

Marco, con tan solo 10 años, no comprendía por qué su hermana junto con su cuñado se había tenido que ir de la casa tan de repente.

¿Por qué nadie le decía dónde estaban? ¿Cuándo volverán?

Dos semanas pasaron, cuando escondido tras una pared escuchó: “¡hoy vuelven!” Corriendo fue a la esquina de San Joaquín esperando encontrarlos. Esperó todo el día, pero nunca llegaron.

Así pasaron meses que, a escondidas de sus padres, se dirigía a la esquina de San Joaquín a esperar a su hermana.

Un día después del colegio, vio pasar una camioneta con militares. Ilusionado y en compañía de sus amigos, levantó su mano para saludarlos, pero algo no estaba bien... cuatro cuerpos de hombres se veían maniatados en la parte trasera de la camioneta.

Al llegar a casa se reencontró por fin con su hermana, quien en un mar de lágrimas contaba que una camioneta



de militares se había llevado a su esposo junto con tres hombres más... él comprendió lo que había visto, pero guardó silencio.

Dos años pasaron entre Estadio Chile, Tres Álamos y Puchuncaví antes de que su cuñado fuera expulsado de su país junto a Myriam, la hermana de Marco, y sus dos hijos.

A través de un cristal Marco los vio partir, preguntándose nuevamente, ¿cuándo volverán?

RELATOS IV

EXPERIENCIAS EN EL JARDÍN INFANTIL
Y EN LA ESCUELA

Educadora, compromiso y ejemplo¹

ALSTROEMERIA

Empecé a trabajar como educadora de párvulos el año 1970 recién egresada de la Universidad de Chile, en el jardín infantil de la población “El ejemplo”. La llamaban población, pero en realidad era un campamento ubicado en el cauce del río Mapocho justo con Américo Vespucio, con no más de 100 familias, donde los hombres se dedicaban al trabajo de la arena y las mujeres a trabajar en las casas particulares del sector.

Era un jardín que pertenecía a la Fundación de Guarderías y Jardines Infantiles que dirigía Carmen Larraín con 60 niños aproximadamente entre 2 a 6 años y que en el año 71 pasó a ser parte de la Junta Nacional de Jardines Infantiles, JUNJI.

El día del golpe militar, me encontraba embarazada de seis meses. Mi esposo me llevaba en nuestra camioneta hacia el jardín cuando, por la radio, escuchamos algo inusual. El ambiente también se tornó extraño y tenso. Nos encontrábamos transitando por Américo Vespucio, llegando a la altura de Avenida Ossa, cuando se emitió el primer bando.

No logramos llegar al jardín. Decidimos ir a la casa de mis padres para no estar solos considerando mi estado de embarazo y la incertidumbre sobre lo que estaba ocurriendo y pasamos todo ese día con ellos, hasta que ordenaron toque de queda y nos fuimos a nuestra casa.

Durante esos primeros días, no teníamos idea de qué iba a pasar con la JUNJI o con los jardines infantiles. No teníamos información sobre cómo seguir funcionando, ni cómo comunicarnos porque no teníamos teléfono. Así que, cuando se levantó el toque de queda y pudimos salir, me fui a la Dirección Nacional de JUNJI para saber qué hacer. La respuesta fue una escueta instrucción: “vuelvan a los jardines”.

Gracias a Dios, mi equipo se mantuvo igual. Seguíamos siendo las mismas: dos manipuladoras, una auxiliar de aseo, dos auxiliares de párvulos y yo como educadora pedagógica y directora. Mientras nos llegaban algunas noticias angustiosas de cercanos y familiares de la población, nuestro jardín continuó operando sin cambios: mantuvimos la misma alimentación para el desayuno, almuerzo y onces, así como los horarios habituales de apertura y cierre. Seguimos trabajando y poniéndole hombro, hasta que llegó mi fuero de prenatal en noviembre del 73.

¹ Este es un relato de una educadora de párvulos, reconstruido por Blanca Barco a partir de una entrevista con consentimiento informado.

Figueroa y Ferreira

JAVIER CORVALÁN R.

11 años en 1973

No era el colegio de *Machuca* al que yo asistía ese 1973, pero se le parecía: religioso, para niños-bien y acorde a los tiempos quiso integrar a algunos niños-pobres que le rodeaban. Una forma de salvación y revolución a la vez.

A mi curso llegaron dos y por el apellido, como nos tratábamos, uno era Figueroa y el otro Ferreira. Totalmente distintos entre ellos, Figueroa con uniforme, bolsón y zapatos impecables. Tenía un hermano menor con el que llegaba y se iba del colegio tomado de la mano. Se notaba que sus padres veían en este colegio una oportunidad que no se repetiría. Figueroa no jugaba fútbol, ni se arrastraba por el suelo hasta quedar empolvados como lo hacíamos nosotros jugando a no sé qué. Siempre impecable, camisa abotonada hasta el cuello.

Ferreira, en cambio, era un desastre que asustaba. Grande y mal agestado, pelo poco amigo de la ducha, camisa afuera, sentado en la última fila con cara de *no te acerques* y un cuaderno que apenas tenía apuntes. Ferreira daba algo de miedo, incluso para los matones rubios del curso. Se comentaba que era bueno para los combos y que podía sacar un cortapluma si la pelea duraba mucho. La parte

rubia-latifundista del curso, los odiaban tanto que optaban por ignorar sus existencias, o no mencionaban sus apellidos o en grupo se referían a ellos por el nombre poco original de *los rotos*. Se comentaba que sus padres habían protestado por esta intromisión escolar y que el colegio había transado diciendo que no serían más que dos por curso y que se evaluaría año a año. Recuerdo haberme preguntado ¿y si la evaluación es mala, los echan o simplemente los dejan y no admiten más?

Nunca hablé con Ferreira, me daba miedo también. Había algo tan ajeno a mi mundo en su forma de existir. Figueroa se sentaba al lado mío. En un recreo me habló algo del trabajo de su papá que no entendí bien. Me dijo que había bajado con él a una especie de túnel y mencionó nombres de cosas que yo no conocía.

Un día, en pleno paro de micros y en el paradero, llegó con su hermano menor. Me dijo que la única posibilidad era tomar un colectivo. Le dije que no andaba con plata para eso y que prefería caminar a mi casa. Me dijo que ellos no podían hacer lo mismo porque su casa quedaba muy lejos y que él me pagaba el colectivo. Subimos y sacó unos billetes tan planchados como su camisa. Debe haber sido a comienzos de septiembre.

Vino el martes 11 y volvimos a clases a fines de mes. Los rubios hijos de latifundistas festejaban y vi cómo algunos aumentaban su festejo insultando a Figueroa y Ferreira. El

hermano menor de Figueroa lloraba, Figueroa miraba para abajo. Fue la primera vez que vi cara de miedo en Ferreira. Tuve miedo también. Llegó diciembre y ninguno de los dos apareció en marzo.

Todavía creo verlos de repente, saliendo de un edificio en construcción o en el mostrador de una tienda. Si sé que uno de ellos es Figueroa, le devolveré el pasaje de colectivo y le pediré perdón por no haber consolado a su hermano menor y por varias otras cosas.



Almuerzo escolar

LAURA INZUNZA VALLEJOS

Nacida en 1945

Si comparamos el almuerzo escolar entregado por la JUNAEB¹ hasta 1973 con el de 1976 observamos importantes cambios:

- El porcentaje de alumnos beneficiarios había disminuido.
- Se había cambiado el tradicional plato de carbonada a la chilena, porotos con verdura, pescado frito con arroz y otros similares, por un calugón y un vaso de jugo concentrado.

Trabajaba como profesora de Educación Básica en la Escuela Pública René Schneider de Talcahuano y aún recuerdo lo dificultoso que resultaba a los estudiantes chupar, despegar, dar vuelta en su boca el duro calugón. El jugo lo bebían con los ojos cerrados y expresión de desagrado.

Lo comían creo, más por hambre que por la exigencia de sus profesores.

Imposible olvidar que mientras los favorecidos consumían, en la sala-comedor este “peculiar almuerzo”, (avalado por expertos en nutrición, por contener todos los nutrientes necesarios para el organismo de los niños) habían niños y niñas que pegados a las ventanas los miraban, saboreaban sus labios y se sobaban el estómago con una mano.

Esa hambre aún duele.

1 Junta Nacional de Auxilio Escolar y Becas

Frágil como un volantín

LEONARDO PIÑA CABRERA
Nacido en 1970

Cruzaron el patio de presentaciones lentamente. Era un lunes del año 84, apenas pasaban las 08:30 de la mañana y, como casi siempre, nadie prestaba mucha atención. El acto era por el día del niño, la época no daba para distinciones de género.

El tema que habían escogido era *Luchín*, del muy célebre Víctor Jara, pero nadie lo sabía entonces, y no mucha gente más se enteraría después. No era parte de la memoria compartida y, más importante aún, tampoco de lo que podía escucharse. La dictadura se había encargado de ello; el colegio y la ciudad donde esto ocurría, también.

Ambos cursaban cuarto medio y solían figurar en todo tipo de ceremonias. Pese a ello nunca más les volvimos a ver sobre un escenario. Su desacato había cruzado el límite; de modo invisible, se nos enseñaba cómo escribir las palabras censura e inhibición.

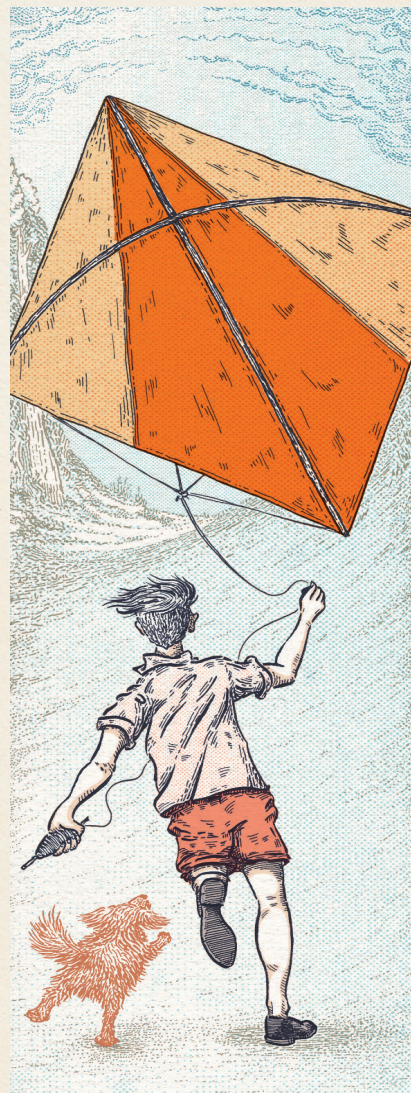


Ilustración de Víctor Navarro, zorro.cl

El profesor Muñoz

MARÍA TERESA ROJAS FABRIS

Era un día como tantos en la escuela D613 de La Florida. Niñas y niños jugábamos en el patio, corríamos y comíamos nuestras manzanas de colación. Luego de que sonara la campana que anunciaba el término del recreo, nos formábamos en fila a la entrada de la sala.

Vi venir de lejos al profesor, el señor Muñoz. Él era nuestro profesor jefe, en ese momento me parecía un hombre grande y alto, siempre con una sonrisa en el rostro. Pero ese día se veía diferente. Nos hizo entrar a la sala en silencio. Yo sentía que algo sucedía. El profesor Muñoz se paró al frente y nos pidió que nos quedáramos de pie. Con la voz temblorosa, nos contó que se había enterado de algo y que necesitaba que rezáramos con él un Padre Nuestro.

Todos comenzamos a recitar: Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre... En medio del rezo, lo miré de reojo y vi su rostro apretado y muy afectado. Sentía curiosidad, pero también estaba impresionada por su rictus.

Al terminar la oración, nos contó, bajando el tono y hablando silenciosamente: en la mañana habían encontrado a tres profesores muertos, degollados. Y él, el profesor Muñoz, conocía a uno de ellos.

Nadie dijo nada. Nos miramos de forma nerviosa, pero todas y todos en silencio. Entendí que habían muerto tres personas, pero en ese momento yo no sabía qué significaba “degollados”. No me atreví a preguntarle al profesor.

Al llegar a mi casa, le pregunté a mi papá: ¿qué significa la palabra degollados? Mi papá se sentó, colocó una cara de tristeza infinita, me explicó y me contó qué había pasado. Era un día de 1985.

Con la noticia del asesinato de los profesores Manuel Guerrero, Santiago Nattino y José Manuel Parada mi infancia cambió. Empecé a sentir miedo de que le pasara algo a mi familia, mis vecinos o a mis profesores. El terror estaba a la vuelta de la esquina.

Sigue presente en mis recuerdos el rostro del profesor Muñoz. Espero que haya tenido con quien abrazarse y desahogar en algo la tristeza y angustia de esos días.

Vestigios del pasado: lugares de memoria histórica

CRISTIAN RAMOS MUÑOZ

Nacido en 1983

En Chile se violaron los derechos humanos legitimados por la dictadura cívico militar. Es así, como en todo el país se establecieron centros de detención, tortura y exterminio contra los opositores o disidentes al régimen. Me vinculo con los centros memoriales desde el punto de vista formativo en mi calidad de profesor. He realizado investigaciones en cuanto a sus procesos de enseñanzas - aprendizajes y, puedo señalar, que el trabajo realizado por cada centro memorial promociona los derechos humanos a favor de la cultura para la paz.

Los lugares de memoria son espacios con sentido y recuerdos que emergen desde las memorias individuales de los grupos vulnerados y sus familias, es decir, los Lugares de Memorias se sustentan sobre la base del testimonio de cada persona, concediendo una carga simbólica (particular) a cada espacio. Por ende, los sitios de memorias son huellas o marcas territoriales en el espacio urbano que nos permite identificar el lugar (tangibile) donde ocurrieron los hechos de violencia. Por lo tanto, los Lugares de Memorias surgen de la lucha y la perseverancia de los movimientos ciudadanos

en hacer del espacio un sitio para la discusión, la reflexión y la valoración sobre los acontecimientos históricos.

En este sentido, el sitio de memoria se articula desde el espacio urbano visible para la comunidad que permite recordar, conmemorar, demarcar, denunciar y aprender sobre los graves hechos de violencia ocurridos en el espacio. Es así, como la configuración del centro de memoria cobra sentido en los recuerdos, acontecimientos históricos, emociones, experiencias y función del sitio de memoria de acuerdo con un contexto histórico determinado.

En efecto, los espacios de memoria constituyen una señal visible para la comunidad que pretende dinamizar, tensionar, reflexionar y valorar las experiencias de nuestro pasado-presente, sobre la base del testimonio de las víctimas y de sus familias.

Por esta razón, son los procesos educativos esenciales en la construcción de una cultura para la paz y el respeto de los derechos humanos, a través de la adquisición de conocimientos, competencias y actitudes cívicas. Garantizar que no se vuelven a cometer los mismos errores y horrores del pasado en materia de vulneración de derechos, es el compromiso que debe ofrecer el Estado junto con la voluntad y la responsabilidad de cada miembro de la comunidad en respetar los procesos democráticos y de actuar de acuerdo con el marco de valores comunes consensuados por todos los integrantes de la sociedad.

Ciento treinta y seis

GERARDO UBILLA SÁNCHEZ

Nacido en 1988

“A las seis de la mañana del 18 de septiembre de 1973, mientras estábamos durmiendo, aparece en nuestro hogar un grupo de militares, civiles y carabineros de Paine. En el segundo piso de la escuela de Chada estaba acomodada la casa en la que vivíamos. Llegaron a detener a mi papá, acusándolo de un montón de cosas, de las que no pudieron comprobar ninguna, por cierto. Lo acusaban de ser jefe de guerrilla y buscaban las armas.

Mi padre era militante del Partido Comunista, por lo que tenía un rol social muy activo y partidario en la zona, pero nunca fue jefe de guerrilla. Por lo tanto, las acusaciones tenían que ver más bien con ese liderazgo que él hacía en la localidad donde vivía, como profesor de niños muy humildes, muy pobres, campesinos la mayoría.

Hay un relato que cuenta mi mamá, que dice que los niños llegaban con ojotas a la escuela e iban muy contentos por la oportunidad de estudiar, aunque debían caminar desde lejos para llegar a la escuela, y allí mi papá los recibía con mucho cariño. Mi papá es detenido junto a otro compañero, un campesino que vivía muy cerca de la escuela, pero alcanza a escapar en una confusión que hay al momento de la detención. En su relato él ve cómo mi papá es detenido



Cristián Cartagena Pérez, profesor y director de la escuela de Chada, Paine, Región Metropolitana.

y golpeado desde el momento que lo sacan de la escuela, cómo lo lanzan a la camioneta donde se lo llevaron. Se zafa de la detención, se arranca, se esconde para que no se lo lleven preso y se llevan a mi papá”¹.

Las palabras son de Paulina Cartagena Vidal¹, hija del profesor Cristián Cartagena Pérez, uno de los tres profesores detenidos desaparecidos de la comuna de Paine.

¹ Texto recuperado de germina.cl. En: https://germina.cl/wp-content/uploads/2016/12/LIBRILLO_Testimonio-Paulina-Cartagena-Vidal.pdf

En Chile, 136 docentes fueron asesinados por el terrorismo de Estado y otros miles sufrieron la exoneración, el exilio, la persecución y la tortura.

Hoy, quienes formamos profesoras y profesores para la justicia social tenemos *ciento treinta y seis* razones para persistir en la democratización de nuestra sociedad. La sospecha y vigilancia contra el profesorado parece ser

un problema reciente. No obstante, estas historias nos recuerdan que nunca ha sido fácil la transformación de las inequidades desde el rol docente.

La memoria de los ciento treinta y seis mantiene viva la esperanza de vivir en un país amoroso, fraterno y justo.



RELATOS V

TESTIGOS, TENSION Y SUFRIMIENTO DE LA CRUELDAD

No supimos leer las cartas...¹

VALERIA AMBROSIO

Nacida en 1946

Al segundo día, posterior al golpe militar, observamos a través de nuestras ventanas, un gran despliegue de militares alrededor de nuestro edificio. En un abrir y cerrar de ojos, escuchamos sus gritos de militares nerviosos, el ruido de las pasadas de balas de sus fusiles, junto al golpetear al unísono, de aquellas botas que chocaban contra los peldaños de las escaleras y que cada vez se escuchaban más fuertes y cercanas. Luego... el golpeteo sobre tu puerta con tal fuerza, que retumbaba en todo el edificio.

Tú, Jorge Ríos Dalenz, abriste la puerta con delicadeza y ellos entraron a tu hogar empujándose unos a otros esperando

¹ Fuente fotográfica: Memoria Viva, <https://memoriaviva.com/nuevaweb/ejecutados-politicos/ejecutados-politicos-r/rios-dalenz-jorge/>



enfrentarse a un guerrillero armado. No encontraron a nadie más que a ti, desarmado, junto a tu esposa, Rosario, y a tus dos hijos pequeños.

En el departamento del frente estábamos nosotros, pegados a la mirilla de la puerta, observando todo lo que ocurría. Nerviosos, sufriendo junto a ti, agobiados por tu dolor y la impotencia. Una vez que te llevaron, volvió el silencio al edificio, y corrimos a abrazar y llorar junto a tu familia para asegurarles que volverías pronto y con vida. Dos días después, con tus apenas 32 años, anunciaron tu regreso, pero esta vez muerto, de la peor forma.

Tú eras un intelectual de tomo y lomo, militante de la juventud demócrata cristiana y opositor a la dictadura

de Hugo Banzer en Bolivia. Nos hicimos amigos y tantas veces que conversábamos de la situación social y política de nuestros países, pero siempre te asegurábamos, hasta con cierto orgullo: los militares chilenos son democráticos.

Aún hoy día resuenan en mí ese golpetear de las botas al subir los militares las escaleras de nuestro edificio, todavía siento

el dolor y la pena de haberte perdido, y en mi corazón cierta culpa me acompaña por haber sido tan ingenua. Ahí entendí que no eran necesariamente democráticas como me habían enseñado de niña, y también aprendí, que las decisiones de tu muerte estaban tomadas con antelación. Las cartas estaban echadas antes del golpe, pero desgraciadamente, no supimos leerlas.



Un viaje en el tren del tiempo

ANA MARÍA NAVIA P.

Nacida en 1944

¿Desde cuándo no viajaba en tren? Durante la dictadura muchas horas las hice sobre un vagón, viajé por primera vez al Sur a conocer a los padres de mi compañero, luego con mi embarazo a costas y después con mi pequeña hija al llegar a mi vida.

Pero todo lo que nos unía pareció desaparecer junto con la democracia, nuestra vida en pareja desapareció. Los años 80 los vivimos solas, mi hija y yo.

Abandoné la casa materna y paterna junto a mi hija, su padre nos ayudó e incluso compartió los primeros días de este nuestro nuevo hogar. Las imágenes vuelan, eran los tiempos más oscuros y ásperos de la dictadura, el trabajo político ya era fuerte y permanente. Entre susurros manteníamos largas reuniones con una mesa bien servida, para el “casual encuentro entre amigos”.

El departamento frente al mío fue allanado, coronada de silencio una imprenta rompía solo el silencio comunicacional. Mucho después supe que mis enigmáticos y valientes vecinos estaban sanos y salvos en Francia. Mi alegría fue doble: una, por sus vidas y, por supuesto, el bofetón a los



servicios de inteligencia. Alguien los delató, pero otro les avisó a ellos que no era seguro volver, tenían que huir.

Todo esto ayudaba a pensar que éramos capaces de doblar la mano del tirano y de todos sus secuaces con y sin uniforme.

La sonrisa volvió a nuestra vida, el futuro debía ser para sonreír.



La espera

ISABEL SAPIAIN BURGOS

Nacida en 1953

Me apoyé en el muro, el frío calaba, me dolían los huesos, la vejiga, no sé cuántas horas hacía que no orinaba. Me acuclillé y abracé mis rodillas en busca de un poco de calor. Andaba con ropa delgada, no había alcanzado a ponerme algo más grueso. Salí corriendo cuando supe donde ella estaba.

De repente, el ruido del motor de un vehículo rompió el silencio de la calle vacía.

La incertidumbre y la gélida temperatura del momento taladraban mi alma joven.

Eran las tres de la mañana. De vez en cuando, salía un carabinero de muy poca edad, muy violento, gritaba que nos fuéramos, que desapareciéramos.

Todavía recuerdo sus ojos azules y su mirada de sicópata.

La espera hacía que las emociones estuvieran constreñidas. Los nervios o la baja temperatura me hacían temblar. Empecé a mover las piernas para entrar en calor. No sé cuánto tiempo había pasado. Nuevamente miré el reloj, en un rato más amanecería.

De pronto, salieron varias personas por la puerta de la comisaría. Todas eran mujeres con cabelleras canosas y entre ellas, mi mamá. Habían sido detenidas por desfilas con letreros que decían: "Fin al exilio". Mi único hermano, estaba en Suecia hacía ya varios años. Corrí, atravesé la calle, me fundí en un abrazo largo, profundo con ella y dejé de tiritar. De súbito me embargó una alegría desbordante, al saber que estaba bien.

El sol, en ese momento, salía tímidamente a iluminar nuestra ciudad... la de toda la vida.

En la Fiesta de San Juan

GUIDO ROLANDO ALVARADO FEHRMANN

Nacido en 1955

En la fiesta de San Juan, el dueño de casa tenía por costumbre hacer una gran celebración, su cumpleaños no tenía mucha importancia, pero sí la conmemoración de su santo. Para él, se debía comer, tomar y sobre todo bailar hasta el amanecer. Para esto se preparaba el evento con anticipación, desde el lavado de cortinas y aseo general, hasta la producción de mínimo dos tortas, canapés, empanadas y un gran asado. Los invitados – familiares y amigos- así como la música no podían faltar, tampoco sus buenas cuecas, menos el vino, la cerveza o la chicha de manzana.

Era una tradición para la familia, sin embargo, aquel año en particular quedaría en mi recuerdo, en ese San Juan. Voy a la cocina y encuentro al festejado tomando un vaso de vino en solitario, me siento junto a él y comienza una larga conversación, mientras los demás estaban bailando. En un momento, inicia un relato que me deja atrapado y desconectado del jolgorio circundante.

Él fue funcionario de carabineros, de los antiguos, de los que estudiaron en Temuco. Llegó a ser sargento segundo y

le tocó presenciar el fusilamiento de un grupo de detenidos en Valdivia y que fueron parte de la caravana de la muerte. Esta experiencia lo marcó.

Estuvo con los prisioneros en la comisaría de Valdivia, los vio despedirse de sus familiares, para luego ser llevados al Regimiento de Llancahue, donde fueron preparados para el fusilamiento. Los sentaban en parejas, esposados entre ellos, vendados, con un círculo blanco en el pecho y un pelotón de militares. Después de morir eran depositados en camiones.

Luis Mario Valenzuela Ferrada, fue uno de los ejecutados. Personalmente lo conocí en algunas visitas que él hizo a nuestro club juvenil, tuvimos largas e interesantes conversaciones de diversos temas, lo recuerdo con una gran madurez y además como sobrino de un suboficial de carabineros que trabajó en el retén de Las Animas.

El relato continúa con una emocionalidad mayor, al describir a este muchacho suplicando por su vida, llorando y pidiendo no ser ejecutado. Cuando le disparan en el pecho, fue tan fuerte su deseo de vivir, que se levanta e incluso arrastra a su compañero de muerte con el que estaba esposado.

Culmina su historia, confesando que este suceso fue uno de los motivos fundamentales para retirarse del servicio de carabineros. Fueron años muy duros.



Sin palabras¹

JUAN ANTONIO ALARCÓN

Nacido en 1958

Subí al bus como siempre, era viernes cerca del mediodía. Viajaba de Temuco a Villarrica, después de haber asistido a mis clases en la universidad. Busqué un asiento, encontré uno al lado de un pasajero que me miró, quiso saludarme, pero en seguida bajó la cabeza. Me acomodé en el asiento, acto seguido comenzó el viaje.

Sumido en lo mío transcurrió medio trayecto entre ambas ciudades. En un momento, el hombre, me comienza a hablar. No recuerdo las palabras con que inició la conversación, lo percibí agotado, angustiado, dudoso, inseguro y con miedo, mucho miedo. Me impactó.

Me impactó más aún cuando comenzó su detallado relato. No me va creer, me dijo. Hace tres días que no he llegado a mi casa, hace tres días que no como. Hace tres días me encontraba fuera del Seguro Social (del edificio) en Villarrica cuando aparecieron unas personas (hombres, le entendí). Me subieron a un auto y me dijeron que me tenían que detener para interrogarme. Me llevaron a Temuco, me encerraron, me interrogaron, no me dejaron comunicarme con mi familia (tampoco había cómo, corría el año 1981). No sé qué hacer, no sé qué explicaciones voy a dar a mi



familia, no sé si ellos me van a creer, no sé si ellos me estarán buscando, no sé si han dado cuenta a carabineros. Hace tres días que no he comido.

Sin que se le pasara el miedo, continuó su relato. Cuando me interrogaron, varias veces, me golpearon, me aplicaron corriente en los testículos, me quitaron la ropa e insistían que les entregara información. Tengo el cuerpo adolorido, estoy “machuca” por todas partes.

Escuché, casi solo escuché, pregunté y comenté casi nada, estaba espantado, sin habla. Sentí impotencia, miedo, pensé en mi situación de universitario.

Han pasado 42 años, no recuerdo si mi compañero de viaje dijo qué información le pedían, no me acuerdo su nombre, solo recuerdo su angustia en su rostro que en segundos se transformaba en miedo, su manta a la altura de sus hombros y el hambre que reflejaba tener. Lo recuerdo como la figura de un hombre sencillo, tal vez de campo, humilde, de pocas palabras. Las palabras le salieron por la necesidad de expresarse, de desahogarse, de buscar ayuda o explicación de lo que había vivido.

1

Fuente: Facebook Fotos históricas de Chile

Santiago de Chile, 1975¹

VIVIANA PACHECO AZÓCAR

Nacida en 1971

Como siempre, su madre está ocupada cumpliendo con los horarios autoimpuestos y al escuchar la música que anuncia las noticias de la noche, exclama con angustia “¡niñitas a acostarse”! Esa expresión ansiosa, pone en alerta a Mariana, su corazón salta como si algo fuera a suceder si no cumplen con esa rutina nocturna.

Se acuestan sigilosamente mientras su madre despeja el suelo de zapatos y juguetes, deja en los veladores unos tapones para que no escuchen los disparos y gritos, de los impredecibles allanamientos organizados por la dictadura, y pone una manta a los pies de cada cama, por si hay un temblor y tienen que arrancar. Su hermana cae inmediatamente rendida, pero Mariana tarda horas en conciliar el sueño, por eso, sus padres se turnan para acompañarla hasta que ella finge dormir para liberarlos de la vigilia. Lo mismo ocurre esa noche, pero inusualmente, su padre no ha llegado aún.

No sabe cuánto tiempo transcurrió desde que se hizo la dormida hasta que la puerta de calle se abrió y pudo captar

¹ Fotógrafo: René Combeau; gestión de la donación digital: Centro Cultural La Moneda.



el susurro de sus padres interrumpido por una tercera voz que le recordaba al tío Julio. Le parece escuchar una pelea en la que su madre increpa a su papá en voz muy baja “¿cómo se te ocurre traerlo a la casa? estás poniendo en riesgo a toda la familia, ¿no pensaste en las niñitas y en que los milicos podrían aparecer en cualquier momento?”. El padre contesta algo relacionado con que Julio es su amigo y que se acerca el toque de queda...

Ella está parada frente a ese inmenso cielo, eterno lienzo azul petróleo. El mar ruge como un ánima herida, que avanza dando zarpazos. En la oscuridad, divisa una pequeña casa

de madera en cuya ventana se dibuja el perfil perfecto de un hombre ante el cual le invade una profunda tristeza.

El mar es ahora una máquina peligrosa que avanza mortal; Mariana grita y su voz se funde con un estruendo final, definitivo. El silencio invade la playa y en el fondo solo queda un trozo de madera flotando.

Abre los ojos agitada, el sol ha comenzado a salir anunciando ese momento de paz que está entre la noche inquietante y el ajetreo matutino. Entonces escucha el típico palmoteo amistoso del abrazo masculino, seguido del sonido de la puerta de su casa que se abre y se cierra suavemente.



La partida y el desarraigo¹

LAURA QUIROZ LEDESMA

Nacida en 1971

Exiliada entre 1974 y 1992

El olor a pan quemado me hizo volver, ese día estaba inquieta, absorta en mi misión: viajaríamos a dejar a Paty y su familia. Hay días en que logro sentir el pulso de los acontecimientos, pero esta vez el mar no decía nada, la incertidumbre se instaló en mi balcón. Paty llegó con su marido y sus dos pequeñas hijas, llevaba una cartera de terciopelo de tonos marrones con una hebilla de madera gigante, nos miramos en silencio y subimos resignadas al auto.

Tratamos de recordar nuestros momentos de felicidad en los abundantes banquetes de las poblaciones en los cerros, la calidez y solidaridad de su gente.

Todo quedó allá. Arribamos al inhóspito y neblinoso lugar, nunca entendí por qué habían construido el aeropuerto ahí. Paty y Ramón bajaron las criaturitas, les ayudamos con el escaso equipaje. La hija mayor de 3 años empezó a agitarse, percibió nuestra tensión y la del lugar. El inmenso hall se hallaba despoblado, despojado de cualquier elemento para



la contemplación, al contrario, invitaba a un efímero pasar en su aséptico diseño.

Los pasajes en mano, los dejamos ir... los divisamos en la aduana. Pero algo los detuvo. Vi a la niña llorar, gritar y patear, se quería soltar de la mano de su madre, quien cargaba en brazo a su hermana. No querían dejar pasar a su padre. Lo detuvieron, no tenía derecho a salir del país.

Paty aterrada, pensaba rápido qué hacer, no miraba, dividida entre irse al menos con las niñas o pelear por su pareja. La fila de espera se alargó. Ante la prolongada escena de la niña y la presión de unos agentes, vi a Ramón al fin cruzar y reunirse con su familia, apenas miraron para atrás.

¹ Fotografía de mi autoría, titulada: "La bruma: el ser universal"; la saqué en una quebrada en Viña del Mar el año 2004.

Subimos a la terraza a cerciorarnos de su embarque. Estábamos asustados por ellos y también por nosotros quienes nos quedamos marcados. Supongo haber divisado

..... sus siluetas a lo lejos subiendo al avión KML. Desde el lunes doce de septiembre de mil novecientos setenta y cuatro, nunca más supimos los unos de los otros.



Invierno en llamas

COLIBRÍ
Nacida en 1972

Corría el 2 de julio de 1986, paro nacional, yo tenía 14 años y cursaba 2° año medio, ese día no fui a clases, nunca iba cuando se llamaba a paro, apoyando de esa manera la convocatoria.

Esa mañana la gente comentaba una noticia de que dos jóvenes habían sido quemados vivos, y salí a la calle a enterarme y mirar ¿Por qué? Mi casa daba justo a la calle donde quemaron a Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas Denegri.

Nunca olvidaré el olor a piel humana quemada que olí ese día, el olor era muy intenso. Caminaba incrédula y con miedo al lugar exacto donde había sucedido esa barbarie, y en el trayecto mi cabeza adolescente y desorientada no podía comprender cómo se podía llegar a tanta crueldad. Confusa observo la muralla de ladrillo con sangre y carbonizada, producto del incendio de los cuerpos.

A partir de ese día mi vida cambió. Experimenté impotencia y rabia cada vez que se construía una especie de animita para colocar flores y velas en recuerdo de Rodrigo y los



militares llegaban en la noche destruyendo todo, o cuando se desarrollaban actos de protestas en el lugar y llegaba la fuerza policial a reprimir con violencia desatada a la gente que participaba. No se tenía certeza de si se llegaba vivo a casa después de una protesta, ya todos lo sabíamos con más seguridad después de ese 2 de julio, al menos yo.

Para mí hay un antes y un después, luego de ese acontecimiento irracional. El compromiso por la vida, los derechos humanos y la democracia son fundamentales, lo adquirí tempranamente y producto del sufrimiento de dos jóvenes que luchaban por derrocar una dictadura cívico militar que nos despojó de nuestra dignidad, identidad y de la democracia.

Los recuerdos son vívidos, en parte son ellos los que me permiten mantener la memoria y la idea de un no retorno a ese horror y tantos otros ocurridos en esos 6205 días de oscuridad. He tenido la convicción que la democracia por imperfecta que sea, es factible de corregir con libertad en

todas sus expresiones respetando la vida, las diferencias, la dignidad humana y la posibilidad de pensar siempre, que un Chile mejor es posible.



Una profesora ejemplar

PABLO ASTUDILLO LIZAMA

Nacido en 1979

Mi mamá nunca llegaba tarde a su trabajo. Como profesora ejemplar no se podía permitir atraso alguno. Sin nunca soltar la cartera ni arruinar su maquillaje, trepaba elegante en los buses destartados de los ochenta para acortar las ocho cuadras que había hasta la escuela.

Era julio de 1986. Eran las ocho de la mañana. Y aunque ese día anunciaba protestas y la noche anterior volaron helicópteros sobre la casa, ella salió tan colorida como siempre a tomar la micro en General Velázquez, corriendo para llegar antes que tocara la campana. Pero por primera vez ese año, mamá llegó tarde.

Aferrada a su cartera y equilibrándose sobre sus tacos, sintió el vértigo y el terror que viene al mirar lo inhumano. Ahí, a metros de la esquina donde siempre se bajaba, dos jóvenes que también corrían tropezaron. Ahí, a metros de ella, una patrulla militar vació un bidón de gasolina que ahogó cualquier grito. Ahí, a metros de su propio terror, una chispa se convirtió en un infierno. Paralizada por el temor solo despertó con el ruido que aquella carne y huesos retorcidos hicieron al ser lanzados sobre una camioneta que escapó para esconder el crimen.



Mi mamá en su escuela con uno de sus estudiantes

Recubriendo la conmoción bajo su abrigo rojo, consiguió retocarse el maquillaje antes de pasar la lista, aunque fuera dos horas más tarde de lo habitual, porque nada lograba suprimir el llanto que quería extinguir aquella hoguera grabada en su retina. Y aquella tarde, aunque la viéramos tan linda como siempre, supimos que algo andaba mal, porque su sonrisa despreocupada se ensombreció y mi papá la abrazó más tiempo que de costumbre.

Años después sabríamos la verdadera razón, pese a que hay cosas que todavía no nos cuenta de aquella mañana. Profesora ejemplar, nunca quiso enseñar a sus niños a temer ni menos a odiar.

Vestigio del horror, lugares de memoria¹

CRISTIAN RAMOS MUÑOZ
Nacido en 1983

Es espacios de vergüenza que emergen de la represión política de la dictadura cívico militar. Lamentablemente, en todo nuestro territorio se instauran sitios tangibles donde se violaron los derechos humanos de miles de personas en contexto de violencia política o donde se resistieron o se llevaron a cabo esas violaciones, o que por alguna razón o motivo las víctimas y sus familiares los relacionan con los hechos de violencia. Por consiguiente, no es posible pensar la dictadura de Pinochet -lamentablemente- sin los Lugares de Memoria, debido a que fue uno (de tantos) mecanismos de represión y tortura contra su propio pueblo.

Nací a finales de la dictadura, mis recuerdos son vagos y distantes del contexto de violencia, sin embargo, he conocido testimonios y relatos, en primera persona, de los hechos ocurridos. A los 24 años visité el Sitio de Memoria Ex Clínica Santa Lucía (Santiago) un espacio de horror que se ubica a cuerdas del centro político.

1 Fuente fotográfica: Consejo de Monumentos Nacionales de Chile,
<https://www.monumentos.gob.cl/monumentos/monumentos-historicos/ex-centro-detencion-clinica-santa-lucia>



*Sitio de la Memoria
Ex Clínica Santa Lucía*

En 1975 la junta militar adquiere la posesión definitiva del inmueble, cediendo su administración a la DINA (Dirección de Inteligencia Nacional) a cargo de la funcionaria Ingrid Olderock. Desde este momento los crímenes de lesa humanidad son parte de la Ex Clínica Santa Lucía. De acuerdo con este contexto, la casona se transforma en un centro de salud para los funcionarios y sus familias y, al mismo tiempo, un espacio clandestino de represión y tortura compuesto por el equipo médico (enfermeros, doctores, cirujanos, pediatras, psiquiatras, otros) y los técnicos de apoyo de la Dirección de Inteligencia Nacional.

Al ingresar a la casona, de inmediato se percibe un ambiente de dolor. El primer piso fue utilizado como sala de control y de ingreso de la población. Además, existían salas de atención pediátrica para las familias de los agentes de la DINA. Paradójicamente, desde el segundo piso la clínica es un centro de tortura. En los pisos superiores se instalaron las celdas y las salas de tortura. Además, de las oficinas de Ingrid Olderock (oficial de carabineros) y de Osvaldo Romo (agente de la DINA), encargados de administrar, planificar y llevar a cabo acciones represivas.

Hoy, la casona es un espacio de memoria histórica, de libre acceso para toda la comunidad. A su vez, actúa como enclave dinamizador de procesos formativos y desarrollo comunitario en la lucha por la verdad, la justicia, el reconocimiento de las víctimas y la valoración a la democracia como un mínimo ético civilizatorio.



RELATOS VI

VÍCTIMAS, FAMILIARES Y AMIGOS DE VÍCTIMAS DE
VIOLACIONES DE DERECHOS HUMANOS

Mi recuerdo

SERGIO ROJAS FERNÁNDEZ
Ex-presos político, expulsado de Chile
Nacido en 1943

Pronto se cumplirán 50 años de aquel trágico y nefasto día, en el cual Chile, nuestro amado país, perdió lo más preciado que puede poseer el ser humano, que es la libertad, y la paz de la democracia. Esa amada libertad que nos permite vivir y convivir con nuestras diferencias entre ciudadanos de los más diferentes orígenes, de diferentes pensamientos, de diferentes creencias, en plena tolerancia. Así era nuestro país. Ese era el país que se perdió, entre destrucción de La Moneda, bombardeada por su propia aviación, atacada con saña, por extranjeros intereses mercantiles, en este alevoso ataque murieron valientes ciudadanos que enfrentaron a los soldados, dirigidos por un sátrapa. Miles de muertos de norte a sur, en lo que fue la Caravana de la Muerte. Miles de chilenas y chilenos que han desaparecido por siempre, por el solo hecho de pensar diferente. A ninguna de esas víctimas, se



Fotografía de cuando nos condujeron desde el campo de prisioneros Tres Álamos hasta el aeropuerto Pudahuel. A la izquierda mi esposa, Ana Myriam, luego otro prisionero (Luis Tureo) y yo de la mano de Claudio nuestro hijo. 21 de mayo, 1975.

les juzgó ni se les pudo probar delito alguno, otro que no sea el de no aceptar vivir en dictadura. Hoy, acercándonos a 50 años de aquella pesadilla aún no conocemos toda la verdad. Tengo fe en la nueva generación en esclarecer la verdad, y que este horror no se vuelva a repetir.

“Ni perdón...”

TOHECO, nacido en 1944
Jefe de gabinete del rector de la
Universidad Técnica del Estado en 1973

10.00 am del 11 esperamos al presidente Allende en la UTE (Universidad Técnica del Estado). El edecán Badiola informa: "la Marina está acuartelada y el presidente no asistirá". El rector (Enrique Kirberg) dice: "Esto es un golpe de Estado". Él solicita guardar su auto en la casa de mis padres, yo pido permiso para despedirme de mi compañera, esperando de ver crecer a nuestro primer hijo.

Don Enrique, acata lo indicado por Allende: "llamo a todos los trabajadores defender al gobierno, en sus trabajos".

06.00 am del 12, comienza el ataque con un estruendoso cañonazo.

Don Enrique me dice: "consigue una camisa blanca"-, al asomarla es arrebatada por militares, nos tiran al suelo, golpeándonos violentamente. "Comunistas, que se querían apropiarse de Chile, si un militar muere, mueren todos ustedes", decía uno.

Trasladados al Estadio Chile, conminados a trotar, golpeando al que para; caen, los que no se levantan, arrojados sobre otros cuerpos.



Universidad Técnica del Estado el 13 de septiembre de 1973.

Fotógrafo: Georgi Bakhurin Holzkamm¹

En las graderías, pido urgente un baño. Escucho: "sígueme"; veo golpear, a obreros, a estudiantes, al presidente de la FEUT; cerca del baño, sangre empapa el suelo, escucho: "No mires. Apúrate. Te espero".

Luego un: "viva Salvador Allende y la Unidad Popular", saltó al vacío, sangre de sus oídos, boca y nariz. Reclutas, cigarrillos, cuidado con tal o cual.

¹ <https://www.enterreno.com/moments/intervencion-militar-universidad-tecnica-del-estado>

A nuestras espaldas dos metralletas... carne de cañón.

Sigo a un suboficial, encuentro a mi suegro (exmilitar) acongojado y preocupado, me entrega chocolates e insiste pasarme dinero, luego me dice: "cuídate".

Reparto chocolates entre profesores y a Juan, mi hermano.

En el subterráneo, reconozco a Víctor Jara, una masa sanguinolenta. Alguien me golpea y dice: "¿Qué miras, concha...? No has visto nunca un muerto vivo." Buscamos colchonetas; al regresar veo a Víctor Jara, que le gritan: "¡Ahora podrás tocar todas las canciones de protesta que quieras!", golpeándole las manos.

Una metralleta apuntándonos, un grito: "Soldado, al primero que se mueva lo corta por la mitad, ¿entendido?"

Murmuramos:

Hay que calmarse.

Guarden los panes.

No aguanto más.

No llores compañero, en esto estamos unidos.

Prisioneros de guerra. ¿Qué guerra?

Un feroz golpe: un compañero sangra por boca y oído.

Traslado, reconozco la avenida Matta. Reiteran: "son prisioneros de guerra; así serán tratados y mucho más, ya sabrán ¡el mucho más!"

Manos en la nuca bajamos y al trote; un callejón de fusiles en ristre nos recibe en el Estadio Nacional.

Acalambrados de piernas y brazos, algunos caen, algunos se levantan, otros, eran arrumbados.



Tres días después¹

PATRICIA SOTO T.

Nacida en 1947

Han pasado tantos años, pero ese día lo tengo grabado a fuego. Mi padre me había comunicado que Antonio, mi compañero, estaba vivo ¡me juró que lo había visto en el Estadio Chile y le había pasado un chocolate! Como él todavía tenía la tifa y amigos, se las ingenió para llegar a la puerta.

Yo estaba en la casa de mis suegros... Me partía el alma mirarlos... Dos hijos presos... Esa noche decidí irme a la casa de mis padres, porque si no sentía el abrazo de mi Mito, iba a morir de angustia. Y no podía, tenía que aguantarme no más.

Llené una botella con agua y me despedí, asegurando que me cuidaría mucho.

Nunca dimensioné la acción emprendida.

13 de septiembre de 1973. Toque de queda; estado de sitio, junta militar; bandos militares; La Moneda bombardeada; el compañero presidente muerto, miles de detenidos, mi

¹ Fuente: <https://amosantiago.cl/cronologia-del-11-de-septiembre-de-1973-bajo-el-lente-del-chas-gerretsen/>



compañero y mi cuñado en el Estadio Chile, terror y muerte por doquier. Pero necesitaba el calor de mi madre y la protección de mi padre. No podía desfallecer, no podía.

Comencé a caminar a las ocho de la mañana. Toro Mazotte, Alameda, Santa Rosa. Solo miraba las calles (cuando las lágrimas me lo permitían). Me sentaba en las cunetas y seguía. No sentía miedo. Creo que lo que me daba energía era una rabia profunda ¿por qué estaba sucediendo esto tan terrible? ¿qué cosa tan detestable habíamos hecho? No tenía respuestas. Solo seguía caminando. Creo que a veces sentía que desmayaba y me sentaba, y seguía por Santa Rosa. Tomaba agua y seguía.

Por Departamental, un señor en bicicleta paró, se acercó y me dijo: “señora, si desea puedo llevarla en mi bicicleta

yo voy derecho por Santa Rosa hasta el paradero 18”. Me levanté, miré sus ojos, también estaba llorando. Me acomodé en el fierro, delante de su asiento y me bajé en la población San Gregorio. “Gracias compañero. Estoy bien” yo iba al paradero 22, pero él tenía prisa y ya había hecho mucho por mí.

Esa noche dormí con mi madre. Mi padre me obligó a tomar leche y a comer algo “¡hágalo por su hijo, señora!”, me dijo. Sí, pensé, ya falta poco para que nazca y lo único que deseo es que conozca a su padre.



Enemigo de todos

ROBERTO CAREAGA MEDINA

Nacido en 1948

Desde que empezó todo esto, cada uno sabía lo que podría pasar. Pero nunca pensé que podrían agarrarme en la calle. Si, cuando iba a ver a mi hijo al jardín. La clandestinidad tiene sus reglas. Nada que te acerque a la familia. Hacía más de una semana que no veía a Pedrito y dije, voy a pasar a mirarlo, aunque sea desde lejos, al parvulario donde va. Recién había llegado y un auto sale, no sé de dónde, se bajan unos tipos y...listo. Un weón más en las cárceles de la dictadura.

Cuando uno está preso, el tiempo se mide de otra manera. Los minutos y las horas no son suficientes. El dolor, los golpes son el mejor testimonio de que el tiempo se ha detenido para siempre. Las preguntas, siempre las mismas, van acompañadas de dolor intenso. Unas veces es electricidad, otras veces son golpes. ¡¿Dónde se esconden?! ¡¿Dónde están?! Y ahí viene otra vez: un puñetazo. El tiempo se detiene...como siempre es lo mismo no hay pasado ni futuro, solo presente.

Esa es la rutina.

A pesar de que no manejo demasiada información, hay cosas que no puedo decir. Es parte de la resistencia el que la información se entregue por compartimentos estancos. Así yo solo sé lo que mi grupo sabe, por lo que si los delatara, solo mi grupo sería apresado. Mi grupo es de alta jerarquía. Hasta ahora, me aguanto, resisto. No digo nada. Pero ¿cuánto más podré soportar?

Se abre la puerta. Otra sesión, como le dicen ellos... pero no. Me llevan a una oficina. Allí un oficial, que dice ser de inteligencia, me comenta que no me necesitan. Ya saben dónde se reúnen diferentes células y organismos. Que los voy a acompañar a los allanamientos. ¿Por qué?, pregunto. Para que te vean, pues, me responde el oficial. Y qué importa que me vean, digo yo. Le vamos a contar a los medios, que gracias a ti los pudimos detener, me dicen. Me han llevado a cuatro allanamientos. He visto a mis amigos y todos me han visto.

El mismo oficial me viene a ver al cuarto donde me tienen. No se van a ensuciar las manos conmigo dice, mis propios compañeros lo harán. Esta noche salimos de paseo y me dejan a escasos metros de las puertas del Jardín donde va el Pedrito.

Desde hoy, soy enemigo de todos.

“Sin título”

PATRICIA LÓPEZ STEWART

A mi compañero lo detuvieron en 1974, casi un año después del golpe militar. Casi un año después de que los militares, apoyados por civiles, habían derrocado el gobierno de Salvador Allende.

Fue cerca de la medianoche, durante las horas del toque de queda. Nos despertamos con ruidos de vehículos y de personas subiendo a toda prisa por la escalera del edificio. Alguien golpeaba la puerta, fuerte, extraordinariamente fuerte. Salté de la cama. Alcancé a ver a un hombre que a través de la ventana del dormitorio nos gritaba algo que no pude entender. Me di cuenta de que estaba armado.

Mi compañero y yo quisimos salir del dormitorio y buscar a nuestro pequeño hijo que dormía en su cuna. No pudimos. La casa estaba llena de militares frenéticos armados de fusiles y pistolas que nos amenazaron y nos obligaron a quedarnos en el dormitorio. Cerraron la puerta y entonces escuchamos gritos, amenazas.

Después de un rato nos hicieron salir y nos llevaron al living. Mi compañero se vistió rápidamente y comprendí que sabía lo que vendría. Lo tenían de rodillas, con las manos en la nuca. Uno de los hombres lo apuntaba desde



Arpillera del Museo de Arte Latinoamericano

muy cerca con un arma. Los otros registraban la casa. A mí me obligaron a sentarme en el suelo.

Todo duró casi una hora. De pronto, y con el mismo frenético desorden con que llegaron, los militares empezaron a salir. Se llevaron libros y papeles.

Tres de ellos se quedaron rodeando a mi compañero. Esperaban. Uno de los que había salido, volvió, les hizo un gesto y entonces se lo llevaron. Yo me paré con la intención de cerrar la puerta para que nadie saliera. Pero nada pude hacer. Solo pude escuchar a mi compañero, que muy despacio, pero con esa voz tan suya, me dijo: “No te preocupes. Cuídate y cuida al Sebas”.

Desde entonces, empecé a buscarlo. Pasaron semanas antes de conocer su paradero. Después, él estuvo más de un año en prisión.

Durante ese tiempo logré entender algunas cosas. Lo que ocurrió aquella noche de septiembre, cuando lo detuvieron, fue una tragedia, un golpe para mí y para mi familia. Pero, no. No era solo mi compañero quien estuvo desaparecido y detenido. En nuestro país habían desaparecido la razón y la justicia, la libertad y la alegría.

Poco después secuestrarían a mi hermana, la mantendrían en un lugar secreto para luego hacerla desaparecer. Entonces llegué a la convicción que me sostuvo, nos sostuvo: vendrán otros tiempos, porque donde falta la justicia nace la indignación, que crece hasta convertirse en rebelión, y donde falta libertad nace la protesta, primer paso para la liberación.



Mi testimonio

FRANCISCA MEDEL SCHÜTZ

Nacida en 1950

Fui detenida el 19 de septiembre de 1973 en Talcahuano. Pasé por diversos recintos de detención y tortura en la base naval de Talcahuano: la Comandancia de la Segunda Zona Naval de la Armada de Chile en primer lugar, enseguida en un local de la Marina situado frente a la entrada de Asmar, lugar de interrogatorios y torturas, posteriormente fui trasladada al gimnasio de la Base Naval junto a muchos compañeros, después fui aislada en un cuartucho en el estadio Naval (la casa de jugadores) donde las ratas se paseaban ufanas, situado al lado del gimnasio. Ese lugar era un espacio de interrogatorios y torturas. Fui trasladada a la Isla Quiriquina, donde éramos alrededor de 900 personas. Desde ahí fui enviada al Fuerte Borgoño, nuevas torturas. De ahí fui enviada a la isla Quiriquina, hasta el “Consejo de Guerra”. Posteriormente todas las mujeres fueron o liberadas o enviadas a prisiones diversas. En mi caso fue la cárcel de Tomé, donde compartí una celda muy pequeña con ocho compañeras. El espacio era tan pequeño que no podíamos ponernos de pie al mismo tiempo.

De la cárcel de Tomé fui nuevamente trasladada a la Base Naval de Talcahuano, a la casa de jugadores, donde fui interrogada y torturada. Una vez la sentencia fue pronunciada, fui enviada al Buen Pastor de Concepción, donde compartí un dormitorio común con alrededor de 40 compañeras. Ellas fueron liberadas una a una, hasta que quedamos solo dos: Irma Sandoval y yo. Pude salir del país acogiéndome al decreto 504.

No quiero detallar cada momento de torturas, puedo solo decir que nunca pensé que el Hombre fuese capaz de tanta crueldad. Violaciones múltiples, submarino, parrilla. El traslado de una pieza a otra, o para atravesar un espacio se hacía con los ojos vendados. Durante el trayecto dejaban ventanas y puertas abiertas en nuestro camino. La consecuencia eran golpes recibidos al titubear frente a los obstáculos, mientras los torturadores nos gritaban y nos pateaban los talones.

La peor de las torturas fueron las violaciones que provocan aún hoy pesadillas. El saber que niñas de 16 años estaban sufriendo, al mismo tiempo que yo, una violencia tal, me era insoportable.

Jamás nadie podrá describir el horror que vivimos y que vimos. Es una herida aún abierta que duele cada vez que, como hoy, describo un poco de lo vivido durante esos tres años de pesadilla.

Fui condenada a tres años y seis meses de prisión, salí del país en 1977. Vivo actualmente en Bélgica, país al que llegué con muletas, me era imposible desplazarme sin ellas; la tortura dañó mis vértebras lumbares. Bélgica me cuidó, pude caminar nuevamente. Aún dolores intensos se manifiestan en la

zona lumbar, dolores que me acompañarán hasta el fin de mis días.

Fui reconocida como prisionera política por la Comisión Valch.



Duros recuerdos

FRANCISCA MEDEL SCHÜTZ

Recuerdos duros, compartidos por todos aquellos que estuvimos en campos de concentración y cárceles. No, no se puede ni se debe olvidar. No creo en el perdón.

Participamos de esa memoria colectiva en la que se mezcla el terror, la bajeza, la fortaleza de muchos, el coraje de otros tantos y la debilidad de algunos que no lograron superar el miedo y que se convirtieron en delatores (los hubo, desgraciadamente).

En muchos de esos recintos del horror hubo soldados, marinos que llevaban y traían mensajes de otros presos políticos y que fueron fundamentales cuando debíamos comparecer frente a los monstruos torturadores. Sabíamos por esos pedacitos de género o de papel quien no había resistido.

A nadie se le ocurrió juzgar a aquel que no resistió.

Sí juzgamos a aquellos militares que violaron a chiquititas de 15, 16 o 17 años solo por el hecho de ser militantes de las juventudes comunistas o de las juventudes socialistas. Jamás olvidaremos las torturas a compañeras embarazadas. Nunca borraremos de nuestra memoria aquel camarada que per-

dió la razón, o las toneladas de papas y cebollas que debíamos pelar, que nos dejaban las manos amarillas, ni tampoco los baldes que nos distribuyeron para orinar en la noche, otros para el agua, otros para lavarnos. O de las guardias que debíamos hacer para cubrir los hoyos de los muros para protegernos de las miradas salaces de los guardias mientras nos lavábamos con el agua de los baldes y unataza. Ni a aquella que obligaban a cantar. Ella respondía con canciones de Violeta, lo que le significaba patadas e insultos. O los plantones en la piscina seca, donde a menudo solo las mujeres debían permanecer durante horas al sol sin moverse, en presencia de nuestros compañeros. Otra forma de tortura psicológica, tan devastadora o quizás más que la física.

Las torturas dejaron huellas en nuestro cuerpo. Nos pusimos viejos físicamente antes de la hora, el corazón resiste mal a la electricidad; los pulmones no son adeptos del submarino. Experiencia dura, cruel, pero al mismo tiempo enriquecedora, en el sentido que confirmamos nuestros principios socialistas, tolerancia respecto de las ideas de los otros compañeros, y sobre todo, identificar al enemigo, que no se situaba ni se situaba al interior de la izquierda.

Tal como ayer, la enseñanza es la unidad. La historia de “el pueblo unido jamás será vencido” no es solo una frase hermosa. Es una verdad absoluta.



Las vivencias del Felo

Fragmentos del texto

RAFAEL TORREBLANCA URIBE

Mi nombre es Rafael Torreblanca Uribe. Para mi familia, soy Felo, mis ex-compañeros de la Universidad Técnica del Estado de Chile – UTE, me llamaban “gitano”.

La idea central de escribir mis vivencias, no es tomar venganza por todos los asesinatos, torturas y desapariciones, que se cometieron. ¡No pretendo eso! ¡Solo me mueve el hecho de clamar por justicia!

Fui detenido el día 11 de septiembre de 1973, en la UTE, siendo estudiante. Estuve en los centros de detención y tortura del Estadio Chile y luego el Estadio Nacional.

Cuando nos trasladaron al Estadio Chile, personalmente creí que sería una cosa de rutina, donde nos chequearían y después de unas horas, nos dejarían en libertad y así poder irnos a nuestras casas. No tenía idea del infierno que se me venía encima.

Las paredes interiores del estadio las cubrieron de mantas negras a objeto de que no entrara el sol por las ventanas, la idea era mantenernos a oscuras todo el día, con el único propósito de no saber, si era de día o de noche.



Los soldados con sus metralletas pasando balas, en un claro signo de intimidación, las punto treinta (balas cercenadoras que podían atravesar 7 hombres en fila). Estas ametralladoras estaban estratégicamente ubicadas en los cuatro costados del gimnasio, con el firme propósito de impedir una escapada en masa, era obvio que dispararían sin piedad.

Después de haber estado 24 horas sentados y con las manos en la nuca, nos permitieron estirar las piernas y bajar las graderías del estadio con destino a la cancha. Allí Víctor (Jara) nos llamó a cantar aquella canción “No, no, no nos moverán” cuando llegamos a la cancha de básquetbol, empezamos a caminar casi en círculos, y empezamos a cantar la canción.

Hasta el día de hoy lo recuerdo y me emociona.

Víctor nos dio ánimo, siempre nos arengó y nos decía que sigamos cantando, que la fe es lo último que se pierde. Nos podrán golpear, matar, torturar, pero callar jamás, y si nos matan; otros levantarán las voces, las banderas de justicia, las banderas de libertad y seguiremos cantando.

Una vez concluido el canto nos sacaron a culatazos y nos dieron patadas por donde nos cayeran, los milicos nos decían: si siguen cantando huevones, los fusilamos a todos, al tiro, ¡no más!

En nuestros primeros días de cautiverio en el Estadio Nacional, tuvimos que soportar bastantes abusos, tales como hambre, hacinamiento, torturas, aparte del frío por las noches el cual era muy intenso.

Todo ese tipo de torturas era poco comparado con el terror que nos causaba cuando por las mañanas nos sacaban a las graderías del estadio, supuestamente a tomar el sol y mejor aire.

Era el hecho de estar expuesto a que el encapuchado, un tipo aparentemente joven que iba cubierto con un pasamontañas y vestido de negro con una túnica del mismo color. Realmente era terrorífico y debo confesar que teníamos miedo que nos eligiera y nos sacaran de las gradas, para llevarlos a interrogación a los camarines del estadio. Se paseaba por la pista del estadio, acompañado de soldados y varios oficiales, reconociendo supuestamente a guerrilleros, compañeros

del partido Comunista, socialistas o del MIR. En fin, era un tipo siniestro y de temer. De acuerdo a las condiciones que nos encontrábamos no teníamos mucho por donde elegir, solo rogar que no nos apuntara con el dedo. Cuando terminaba de pasar el encapuchado, volvíamos a respirar.

Otros días salíamos, felizmente para todos, no pasaba el encapuchado. Allí aprovechaba para buscar debajo de los asientos algunos restos de cáscaras de naranja para comer, ya que el hambre era fuerte y se nos daba solo una comida diaria; y eso que los primeros días no nos daban nada, teníamos que tomar agua de las letrinas del estadio.

Es largo y doloroso relatar este tiempo. Una pesadilla cruel que viví y que hasta el día de hoy me acompaña en mis sueños, en muchas ocasiones he despertado gritando y creyendo que todavía me encuentro en el Estadio Chile.

A los que lean este relato solo decirles, que agradezco estar vivo. Estuve exiliado 14 años, hoy me encuentro relativamente bien, con hijos grandes, y feliz de vivir en una democracia.

Eso, luchemos siempre por la democracia, ningún sistema de los que hemos visto, ya sea dictaduras de izquierda o derecha, nada reemplaza a una democracia y a un gobierno elegido por el pueblo, es lo más justo y participativo para todo el mundo en especial para nosotros mismos; los chilenos.



No cierren esa tumba

MARÍA LUISA SÁEZ GARCÍA

Nacida el año 1958

No cierren esa tumba
está vacía
en espera
de un diente de su sonrisa
de un cráneo que soñó
de una costilla de Adán.

No cierren esa tumba
hasta quitarme el velo negro
y descubrir mi frente
con la certeza de la muerte
y la esperanza muerta.

No cierren esa tumba
deshabitada de humanidad
que alarga el duelo

y pospone el rito
en el día de los muertos.

No cierren esa tumba
ni las miles que hay
esparcidas por los campos
con raíces de hierba
esperando la despedida del invierno.

No cierren esa tumba
hasta cubrir su grieta
con un trozo de su cuerpo
y un obituario que diga
descansa en paz.



Alianza de los resentimientos: cómo cada golpe tiene la suya

JUAN ALIPTES
Nacido en 1962

Poco hombre es quien requiere aliarse para golpear. Como aquel que vio que asaltaban a una persona entre otras cuatro. Y, ¿qué hiciste? Me uní.

Salvador Allende vivió el feroz asalto completamente solo. El pueblo existió solo en el imaginario de los soñadores, y unido, en el de los ilusos. La Unidad Popular jamás fue tal. Hubo dirigencias que lo respaldaron. Más respaldar no significa acompañar. ¿Y el GAP¹; la Tencha; y la Payita? El cuidado no protege de la soledad.

Allende se quedó solo a fines de octubre de 1970. Asesinado el General Schneider bebió un largo *whisky*. Y, con el último sorbo, asumió a comienzos de noviembre. Sin armarse. Esa es de hombre.

EE.UU. ya estaba detrás de la ingobernabilidad. Toda una potencia al acecho. Un imperio resentido quería su cabeza.

¹ GAP: "Grupo de Amigos del presidente", como se le llamó en la prensa al dispositivo de seguridad presidencial.



Parece ser propio de lo humano. Los resentimientos son una mezcla de vergüenza y rabia. Que, ante el peligro, confundiendo los complejos de inferioridad y superioridad, buscan golpear. Desquitarse de la vida toda. EE.UU. siempre lo ha sabido. Primero, Europa; luego, Alemania y Japón; por casi medio siglo la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas; y más tarde su patio trasero y Medio Oriente; y hoy, China.

Parece normal viviendo en sociedad. Sin darnos mucha cuenta creamos enclaves de resentimientos. Instituciones, gremios, sectores, grupos, sectas, vínculos. Postergados y sobrecargados dentro de un país clasista. El Ejército, lejos de sus glorias, fue por décadas ninguneado. Y un intelectual solterón se autoflageló por años en la sacristía. Vergüenza, complejos, rabia acumulada. De pronto: la gran oportunidad. Dar con el golpe de sus vidas.

¿Cuándo un general de ejército iba a volver a tener ante sí la tenida del dictador? ¿Cuándo una dama de canapé y canasta tendría ante sí la de reina de un país de kermesse? ¿Cuándo un profesor de derecho divino iba a poder aumentar los cristales de sus lentes para que sólo él pudiera leer la letra chica?

Toda familia por la que haya corrido sangre transformadora ha sufrido golpes. Mi tío Hugo no pudo contestar las

preguntas de sus torturadores. Menos pudo explicarse las razones de los delatores de su inocencia. Acaso se dejaron llevar por una inconfesada alianza de resentimientos. Como lo hicieran conmigo, en medio del estallido social, un empresario de naturaleza liberal y una veterinaria norteña de lo público.

Acaso, siempre actuamos por un resentido defecto.



No me olvides

MARCO

Nacido en 1963

Mi nombre es Jorge Rolando Cáceres Gatica, somos seis hermanos, tres mujeres y tres hombres. Ya no recuerdo muchas cosas solo algunas imágenes de fotografías; como cuando jugábamos fútbol con mi hermano Manuel o también llamado Manolo, el mismo nombre de mi papá. Mi padre era un hombre más bien gordo, era carpintero. Junto a mi madre una dueña de casa formábamos una familia humilde con sueños y frustraciones, como todas las familias o como muchas en Chile, en el Santiago de 1973.

Alguna vez me casé, con una chica de la cual me enamoré y de esa relación nació un lindo niño, su nombre es Rodrigo. No pude estar con él mientras crecía, no estuve a su lado. Ya no recuerdo nada, me da tristeza, mucha pena.

A quienes conocí, dicen que era entusiasta y muy alegre, que me gustaba ayudar, y que colaboré en el Tren de la Salud¹, en el área odontológica. Ya no lo recuerdo.

El Tren de la Salud realizó tres viajes: en febrero de 1971, un segundo viaje en septiembre de 1971 y finalmente el tercero,

¹ Eran dos locomotoras en que se realizaron viajes al sur de Chile, entre 1971 y 1973, para ofrecer atención médica y odontológica en zonas alejadas.



Fotografía de mi tío, Jorge Rolando Cáceres Gatica

y último, en febrero de 1973. En esos viajes se embarcaron médicos, odontólogos, enfermeras, personal paramédico y además estudiantes de medicina y odontología de los últimos años de la Universidad de Chile y la Universidad de Concepción. Iba también una intérprete mapuche quien los ayudó a comunicarse con las comunidades aisladas.

Pero luego, el golpe militar, 11 de septiembre de 1973, se vienen días horribles. Los días 15, 17 y 19 de septiembre, ocurrieron tres operativos militares al interior del hospital

San Juan de Dios, militares del batallón regimiento Yungay de San Felipe que se encontraban apostados en la Quinta Normal y en el Instituto Diego Barros Arana detuvieron a numerosas personas. Cinco fueron ejecutadas y dos permanecen hasta la fecha desaparecidas.

El 17 de septiembre, al interior de mi lugar de trabajo -hospital San Juan de Dios- fui detenido por efectivos militares del regimiento Yungay de San Felipe, y permanecí en el

recinto educacional Instituto Diego Barros Arana. Me ejecutaron en la madrugada del 21 de septiembre, mi cuerpo fue encontrado en el puente Bulnes, sobre el río Mapocho, lugar donde se practicaron otras ejecuciones de detenidos del hospital. Mi causa de muerte decía: “múltiples heridas a bala en la región cervical y en la parte toraco-abdominal”; ya no recuerdo nada.

Hoy dejo un breve relato y un no me olvides.



Décimas para Alicia¹

AMELUZ ANALLIMLAP

58 años

Una gran pena me embarga
yo quiero vomitar fuego
hagamos memoria ruego
la boca la tengo amarga
tanto dolor tanta carga
la verdad aún obstruida
artera y profunda herida
explosión vil y brutal
en nuestra historia un puñal
la memoria sigue viva.

Diciembre en su día doce
de mil nueve ochenta y cuatro
dando pruebas en la Cato
terror profundo nos roce
la vida se nos destroce
Alicia, querida amiga
sabia, alegre, bienvenida
en su casa fue allanada
en su bici fue explotada
artera y profunda herida.

¹ Estas décimas son dedicadas a Alicia Ríos Crocco, asesinada en el año 1984. La autora era compañera de Alicia en la carrera de psicología de la Universidad Católica de Chile.



Tu familia se reintegra
retornan de largo exilio
es Valpo tu domicilio
a nuestra escuela te integras
tu sonrisa nos alegra
vuelves a tu Chile austral
y en esta tierra natal
ponen la bomba en tu cleta
burdo montaje, obvia treta
explosión vil y brutal.

Las familias aterradas
ya huelen lo peligroso
todo se vuelve viscoso
se ordena la retirada
la borran de una plumada
ya no es alumna oficial
la negación es total
nos quedamos sin cobijo
reniegan del crucifijo
en nuestra historia un puñal.

En tu memoria un aroma
sigue creciendo en la tierra
sus raíces nos aferran
para crecer con aplomo
con su sabia me diploma
tu sonrisa nos abriga
cielo y tierra nos bendigan
con profunda convicción
guardada en el corazón
la memoria sigue viva.

En versos ya me despido
doloroso es recordar
necesario no olvidar
para retomar sentidos
todos juntos reunidos
volveremos a creer
danzar, trenzarnos, crecer
ardua será la tarea
reconstruir nuestra aldea
nueva **Matria** ha de nacer!!



El silencio

DIEGO SOLER
Nacido en 1987

En mi familia no logro ver el sufrimiento cuando se habla de la dictadura. Parece que se ha optado por una forma de enfrentar el dolor: la disociación. Aunque personalmente no lo viví de forma significativa, ya que nací en 1987, mi tío Daniel y el crimen que se cometió contra mi tía son centrales en mis pensamientos. Él fue un hombre valiente que se atrevió a denunciar los lugares de tortura, pero lamentablemente encontró un destino trágico en un río, donde solo las aguas fueron testigos silenciosos. Mi tía, por su parte, sufrió un disparo en la cabeza en ese mismo período oscuro.

Fue en el año 2008, a través de una serie de televisión de los años 80, cuando tuve un vistazo parcial de la crueldad de aquellos tiempos: el silencio.

Nos reuníamos en familia para ver uno de los capítulos en los que se mostraba el cobarde disparo en la cabeza a mi tía, quien en ese momento estaba embarazada. Un silencio absoluto se apoderó de todos nosotros. Estábamos unidos en familia, contemplando en silencio aquel acto atroz.

Me pregunto si esta es la forma en que las dictaduras son enfrentadas. ¿Guardando silencio, abrazándonos, esperando a que todo pase y nadie nos escuche? ¿Cuántos gritos ahogados hay aquí, sin poder ser expresados?



VII. RELATOS

ÉPICA, RESISTENCIA Y SOBREVIVENCIA

Allanado y apañado

GONZALO FALABELLA

Íbamos con Valeria a nuestro trabajo muy cerca de La Moneda y comenzamos a escuchar por la radio la voz pausada de Salvador Allende, nuestro presidente. Nos detuvimos a escucharlo, sintiéndonos a su vez tan cerca de él... *“más temprano que tarde de nuevo se abrirán las grandes Alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor...”*. Derrotado, no desfallecía.

De pronto comenzó el bombardeo implacable de los aviones de combate que pasaban cerca destruyendo el edificio nacional con la bandera en alto. Nos fuimos al departamento y comenzaron a llegar los dirigentes de la CUT y de la comisión sindical que presidía. Veíamos la humareda desde el 6° piso e iba quedándonos claro lo que se nos venía encima. A los pocos días a un Sr. Ortuzar se le ordenó organizar una nueva Constitución, así como la masacre que comenzaba a darse, y que oíamos en el edificio del frente, en el *garage* de autos Mini. Llegaban detenidos y luego los sacaban apaleados, para llevarlos seguramente cerca del Estadio Nacional.

Todavía siento que Allende nos traspasó valor con su actitud que ya conocíamos y decidimos quedarnos. El primer

día que pudimos circular, salí. Al regresar, tuve un presentimiento. Podían tomarme preso como lo estaban haciendo con tantos otros.

Entré al edificio, miré al guardia, y le pregunté: *“¿alguna visita?”*. Él, a pesar de ser contrario a nosotros, me hizo un pequeño gesto con la cabeza y dice: *“están arriba”*. Ese pequeño intercambio de segundos probablemente me salvó la vida. Días después supe que carabineros me estaba esperando en el departamento, habían dado vuelta y saqueado todo lo que teníamos.

Valeria y Francisca se fueron a la casa de una antigua amiga de derecha. En el intertanto me fui a la casa de una familia de la población Lo Valledor quienes generosamente me escondieron los primeros días. Pero un sábado en la noche, en que teníamos una pequeña junta entre amigos, anuncian que andaba la FACH registrando la cuadra. Salté la muralla y otra vez una puerta se abrió.

Llegué a la casa de una pobladora con cinco hijos en La Cisterna. Delante del comedor, cubierto por una tela, ella vendía frutas y verduras. Ninguno de los críos mencionó que un flaco alto estaba ahí adentro escondido. Los dirigentes tenían entendimiento con carabineros y les anunciaron que habría otro allanamiento de la población esa noche.

Consiguieron un taxi para arrancar del lugar. Traté de ser lo más discreto posible, pero ocurría que en esa época no circulaban autos ni menos un taxi en las poblaciones. Al

partir de la “casa-almacén”, me subí al taxi, y atrás una docena de niñas y niños corrieron detrás del auto vitoreando, emocionados de alegría despidiéndome. De allí me llevaron a una casa-taller de un carpintero comunista en Quinta Normal y pronto aprendí con él su oficio. Pocos días después le anunciaron allanamiento y partí nuevamente.

A través de un amigo logré preguntar a la dirección del partido si tenían capacidad de protegerme y quedarme en el país. La respuesta fue clara: “no, sal del país”. Ahora, a mi pesar, debía salir de Chile, con lo puesto, sin papeles, ni pasaporte, y sin que me tomaran preso.

Ayudado por mi padre, quien le compraba whisky al embajador panameño, y por mi hermana, conseguí que me recibieran en la embajada de Panamá. Pero nada era sencillo. La odisea ahora era cómo entrar a la embajada.

La puerta estaba custodiada por dos carabineros armados para impedir que más personas se refugiaran.

Mi hermana, hermosa, elegante y con su complicidad de hermana mayor, bajándose de su Mercedes amarillo con patente de las Naciones Unidas, se acercó a conversar con los carabineros para despistarlos. El corazón me latía con fuerza. Podían matarme con cualquier movimiento. Desde dentro de la embajada me comenzaron a indicar que podían abrir la puerta. Di dos saltos y entré.

A salvo, al fin, en territorio no chileno, era al menos un primer paso.

Se me había venido el mundo abajo, pero me encontré con otro mundo que me abrió la puerta otra vez, que me apañó, ese apañe que me salvó.



Historia de Soporopos¹

MARCELA ANDRADES ALFARO

Nacida en 1963

Hago soporopos como un acto amoroso de conexión y reparación, además de preservar este muñeco como patrimonio de la infancia de Chile. Cosiendo día y noche para contar esta bella historia que merece ser contada, para que aprendamos de ella y que la historia de Chile no se repita y seamos un país mejor, más amable y tolerante. Así yo, desde aquí, desde Puerto Natales, en frías tardes de invierno haciendo soporopos y en cada puntada busco remendar la herida.

Los hago a mano con mucho amor y son réplicas de los que mi madre hacía cuando estuvo prisionera en Tres Álamos en 1974. Hago esto en su honor y cuento la historia a quien quiera escucharla, los hago de todos los colores y personajes.

Los verdaderos medían apenas unos 10 cm. más o menos. Eran pequeñitos y tiernos, confeccionados a mano usando ropas de las detenidas, ellas hacían estos divertidos muñequitos siempre sonrientes con sus bracitos cortos para dárselos a sus familiares en las visitas semanales,

¹ Para quienes quieran seguirnos en redes sociales: Facebook: Soporopo; Instagram: Soporopo_oficial ; Tallersoporopo.blogspot.com



Soporopo original hecho por mi madre en 1974



Exposición de soporopos en Villa Grimaldi

todos los domingos, en el campamento de concentración y tránsito de Tres Álamos.

Este muñeco fue usado por años para extraer nombres de los detenidos en los campos de concentración. Adentro del “soporopo” estaban los nombres de los detenidos desaparecidos, mapas, oficiales a cargo, tácticas, casas de tortura, etc.

Los nombres eran escritos en pedazos de tela y con estos se rellenaban secretamente para ser llevados a la Vicaría de la Solidaridad que dependía de La Iglesia Católica en Santiago, para luego entregar la información a la Comisión de los derechos humanos en la OEA (Organización de los Estados Americanos).

¡Oh!, hermoso ejército de “soporopos” marchando a la Iglesia a decirle sus secretos al cura.

Ellos son un símbolo de amor y de como las mujeres trabajando juntas pueden crear ingeniosas maneras de ayudar y tratar de salvar las vidas de otros.

Los “soporopos” eran la salvación y daban la esperanza de que la justicia vendría algún día.

En recuerdo de mi mami Eva Alfaro Holbrook.



Manuel Rodríguez

LEONARDO PIÑA CABRERA

Nacido en 1970

El tío Manolo partió al exilio en 1975, primero a Mendoza y más tarde a las ciudades de Saskatoon y Toronto, en Canadá. Al principio solo y después alcanzado por su familia, con nosotros se quedó, no obstante su partida, un sinfín de historias, entre ellas la que hizo de él un héroe imposible, la figurita faltante y deseada de todos nuestros álbumes de infancia y adolescencia.

Militante poco orgánico de las muy orgánicas juventudes comunistas, también era el menor de sus siete hermanas y hermanos, el hijo regalón y más apreciado de toda la familia. Eso en el paisaje y recuerdo compartido, la noche en que su imagen comenzó a transformarse en leyenda estábamos enfermos, de paperas como se nos dijo, tercamente atrincherados en la decisión de no tomarnos los remedios. Terminaba el año 1973 y con tres y cuatro años, junto a mi hermano y otros tres primos, entre ellos sus dos hijos, ejercíamos el iluso derecho a la negativa rotunda (“*¡no quiero, no me gusta, no quiero!*”), probablemente el único que por entonces quedaba.

Ello o simples mañas, con su inesperada aparición en la casa familiar, la de su madre que también era nuestra abuela, no



Fotografía de mi tío Manolo y tío Jorge, año 1955.

solo se tuvo noticias tuyas sino que se recuperó algo del arrebatado orden vital. En sus brazos, y mientras él mismo era alimentado y acababa con nuestra pequeña oposición infantil, fuimos testigos de cómo lograba escapar, alertado por el vecindario, de un tropel de militares que ya arremetía por una de las esquinas.

La casa, ubicada en un numerado pasaje de la comuna de Quinta Normal, formaba parte de un continuo habitacional de acceso directo a la calle, pareada en uno de sus lados con la de la señora Elsa, comadre de mi abuela y madre de Jaime, el *Jimmy*, amigo y compañero de mi tío que como él andaba en las mismas. Corriendo en dirección sur hacia avenida San Pablo, su escapatoria solo logró concretarse porque alguien valientemente abrió una puerta, en la última casa posible, para arrojarlos dentro agarrándoles del pelo.

Anónimo gesto que luego sería acompañado de otros que les permitiría escapar hacia Argentina, el de entonces posibilitó que pudieran salir por los techos mientras sus persecutores seguían de largo. No poco, dado el momento en que ocurría, su repetido recuerdo, feliz y lleno de vida, siempre terminó cediendo ante el hecho que uno de sus hermanos, el tío Jorge en este caso, no había tenido la misma suerte.

Llevado al estadio Nacional y más tarde a Chacabuco, su fin sería el de tantos, torturado y exiliado, una historia que no

se contaba al punto que su madre nunca llegó a enterarse cabalmente de ella. Protegida y todos nosotros por el canon de la verdad a medias, su ocurrencia no era muy distinta a lo que estaba sucediendo en el resto del país, solo que esa vez el cautivo no murió en Tiltil sino en Bélgica, y que en su recuerdo las canciones nunca fueron épicas sino todo lo contrario.



Matar al chanco

GONZALO SOTO,
NIETO DE PANCHO Y CHELY
Nacido en 1977

- ¡¡¡P ancho!!! -

Mi abuela frente al refrigerador apenas conteniendo la respiración.

El Pancho -mi abuelo- sacudió su letargo y presuroso acudió donde estaba el refrigerador con la puerta abierta. Comprobó que estaba lleno: cecinas, carnes, mantequillas, frutas, verduras, leche, flanes y yogures. Algo que con su trabajo jamás habría podido lograr.

En la puerta del refrigerador -viejo, pero efectivo- un imán con una hoja de cuaderno que decía: *Venceremos. Gracias por todo.*

- ¡Pancho!, ¿serán los niños?- gritó mi abuela, trémula por la emoción.

“Los niños” eran compañeros de mi papi, o eso dijeron. Estudiantes universitarios de buena educación y que estaban de paso, en la pieza del fondo. Una pareja que todos los días salían a trotar y llegaban con bolsos deportivos. Él, alto y bueno para la pelota. Ella, de ojos de color verde. Supuestamente trabajaban en la tesis, con mi papá.

Varias veces los espíe a través de la ventana. Revisaban mapas y hablaban de logística. Matar al chanco, decían, matar al chanco era la consigna. En la mesa tenían naipes y fotos. Algunas noches jugaban dominó con mis abuelos.

Mi abuela estaba inquieta.

Claro, porque cada vez que iba a comprar el pan, un Chevrolet Opala gris, con cuatro sujetos de traje y camisa, fumando, con bigotes y lentes oscuros, la observaban.

- Pancho, comentó mi abuela, ese auto lleva estacionado varios días afuera. Cierta día le preguntaron: buenos días abuelita, ¿seguro que usted no tiene terroristas en su casa?.

El varón a veces jugaba a la pelota conmigo. Íbamos a la plaza, a cuatro cuadras de la casa. Ella, me ayudaba con las tareas. Me decía, estudia mucho, mucho. Yo sentía su perfume. Estaba enamorado de ella. ¿Te cuento un secreto?, me dijo, nosotros mataremos al chanco.

Mi abuelo era cursillista. Ellos lo acompañaban. Hablaban de dios. Regalaron biblias. Todos los querían y el Chevrolet Opala siempre al frente, y a veces esos señores bajaban a preguntarnos cosas.

Un día, "los niños" desaparecieron y dejaron el refrigerador lleno.

Entonces se vino la noche.

- ¿Seguro no los conocen?, ¿no saben dónde fueron?, preguntaban los del Chevrolet. Nos mostraban fotos de ellos -de los niños- y varias veces me dijeron que si no cooperábamos nos iban a matar. Obvio: era el niño bueno para la pelota y la señorita de ojos color verde.

Entonces, mientras le pegaban a mi tata y a mi abuela, yo deseaba que ellos se apuraran en matar al chancho, tal como me lo habían prometido.



Primos

CAMILA TORRES
Nacida en 1986

— El músico que creó “El pueblo unido jamás será vencido” y “Venceremos” es tu tío — dijo mi abuela en la última sobremesa que compartimos en su casa de la playa. Ante mi curiosidad, ella siguió.

— Así es. Mi primo hermano, Sergio Ortega. Hijo del hermano mayor de mi mamá. Murió el 2003 en París.

Cómo puede ser, pensaba yo, que recién me esté enterando de todo esto. La llené de preguntas: quién era este primo desconocido, cómo era su familia, cómo fue su relación con él. Así fui conociendo algunas partes de esta historia.

Sergio Ortega estudió piano en el Conservatorio de la Universidad de Chile. Sergio Ortega fue un comprometido militante comunista hasta el día de su muerte. Sergio Ortega venía de una familia burguesa, conservadora y de derecha. Sergio Ortega fue hijo de un Coronel de Sanidad del Ejército y en una de las tantas veces que lo transfirieron, toda la familia se fue a vivir al norte. Fue ese paso por el norte de Chile lo que cambió para siempre la vida de Sergio Ortega.

Esa noche, antes de dormir, escribí esta y todas las historias que mis abuelos fueron capaces de compartir ese día: ami-



Fotografía de Sergio Ortega¹

gos asesinados, el hostigamiento político que los hizo dejar Chile por 20 años, peleas familiares, grupos de cooperación internacional... La mayoría de esas historias yo ya las conocía, pero no recordaba la de Sergio Ortega.

Qué orgullo, pensaba. “Venceremos” acompañó a Allende a lo largo de toda su campaña presidencial. “El pueblo unido” es un himno mundial de resistencia popular. No podía dejar de pensar que parte de esa historia se había escrito en mi familia.

¹ Fuente: www.musicateatral.cl

Cada vez que puedo, intento conversar con mis abuelos de ese pasado. Pero entiendo que algunos son recuerdos dolorosos y no siempre hay ánimo para ahondar. Me preocupo cuando pienso quién portará esa memoria cuando ellos ya no estén. Quién nos contará la historia de Sergio Ortega. Cómo reviviremos las historias de mis abuelos, con cuatro hijos pequeños, forjando una vida nueva en el extranjero:

los esfuerzos, la nostalgia, los nuevos amigos, el país que los recibió.

De momento solo prefiero pensar que sus voces nunca se van a apagar. Y que todas sus historias siempre, siempre vivirán.



uah / Facultad de Educación
Universidad Alberto Hurtado